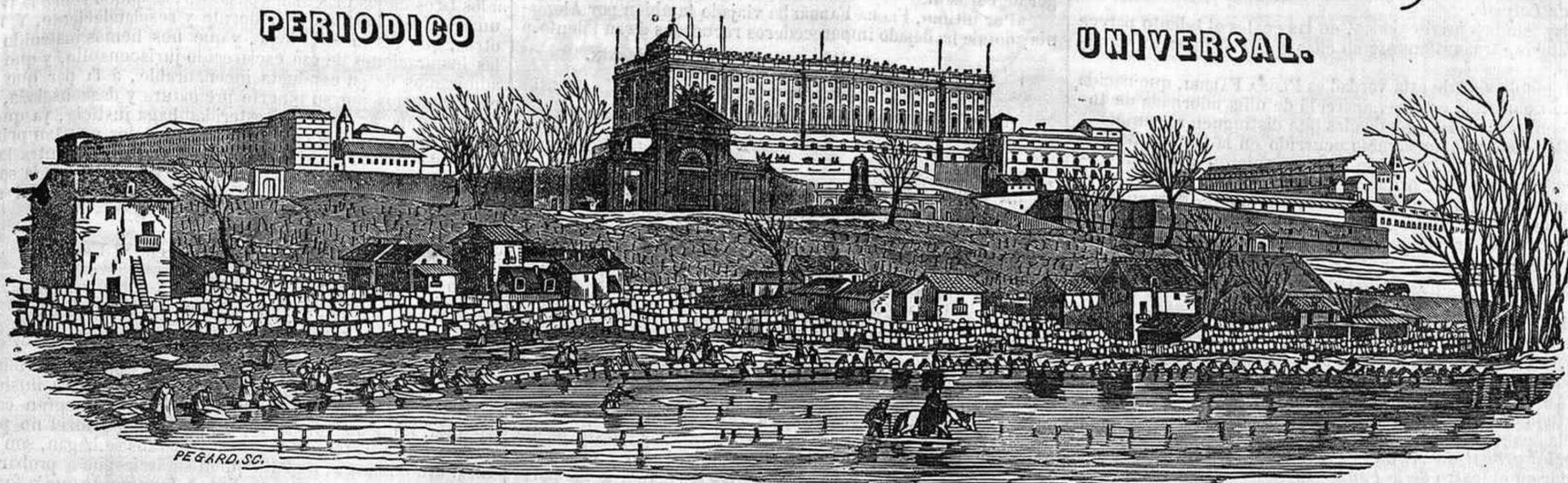


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 39.—SÁBADO 25 DE SETIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

ESPOSICION DE LONDRES.

BRONCES.

Los hermanos Lerolle se nos presentan bajo otro punto de vista en primera línea, pues trabajan el bronce para la ornamentación de los grandes edificios, como palacios, monumentos públicos y suntuosas residencias particulares, con un esmero e inteligencia que no conocen rivales.

Este género de fabricación exige atrevidas composiciones, hábilmente estudiadas y armonizadas, particularmente con las condiciones y conveniencias de los aposentos en que deben figurar. Es ciertamente una fortuna que se dediquen á estos trabajos y los eleven hasta darles la importancia que merecen, hombres especiales y hábiles, cuya única ambición estriba en las glorias del arte.

Entre los productos de este género espuestos en el Palacio de Cristal, era notable un gran blandon de dos ramales, que ostentaba detrás de estos una bandera desplegada: también contenía varios escudos de armas que llamaban mucho la atención, y representaban los blasones de la casa del príncipe Torlonia. Dicho blandon estaba dispuesto para diez y seis luces.

En el mismo género, y sin duda para el mismo destino, reconocimos igualmente otros dos blandones con mugeres de Cánova, figuras bellísimas, cercadas de follaje, al estilo de Luis XV. Los efectos de luz deben ser muy notables en estas piezas, y sobre todo á cierta distancia, circunstancia que puede conseguirse perfectamente en los inmensos palacios de Italia.

¡Los productos del arte extranjero decoran las suntuosas residencias de Florencia y de Roma! ¡Qué contraste entre las cosas del mundo! Pero no por eso censuremos con demasiada acritud á la patria de Benvenuto y de Miguel Angel. Todavía alimenta en su seno nobles hijos, cuyo talento se revela algunas veces, y que saben producir obras dignas de estudio que nos recuerdan los grandes días de los Médicis.

A otro género mas compuesto pertenece el bellísimo reloj llamado la *Conversion del moro*. Este es un caballero que lee la Biblia al creyente de Mahoma, que es otro guerrero como él. La espresion de las figuras, las posturas de los personajes, lo pintoresco de los trajes, todo es de una concepcion

delicada, y no es posible idear un objeto de adorno mas apropiado á una sala de armas ó á otro aposento severamente amueblado.

El centro de la gran mesa de los hermanos Lerolle, independientemente de sus buenas disposiciones y de su graciosa construcción, tiene la ventaja de no ocultar á los convidados entre sí, lo cual no se consigue siempre con este género de ornamentación. Los candelabros de doce mecheros al estilo de Luis XVI, muy finos, y de un dorado mate, se distinguen particularmente por el gracioso dibujo y perfeccion de las figuras.

Mr. Victor Paillard sigue al frente de su excelente fábrica. El reloj candelabro de este artista es tal vez una composición algo atrevida; pero en un vasto salon, ó en una dilatada galería, de las muchas que se ven en Inglaterra, debe producir un efecto tan magnífico como sorprendente.

Mr. Paillard ha sabido sacar muchísimo partido de los nuevos procedimientos para oxidar el bronce. Sus tintas plateadas son perfectas, y á primera vista pueden engañar la vista mas ejercitada.

Dos péndulos al estilo del renacimiento, son una prueba palpable que corrobora los elogios que acabamos de estampar. Los preciosos candelabros que acompañan á uno de estos objetos, merecen asimismo grandes encomios por su composición original, y por el buen gusto y esmero con que están ejecutados.

La pila para agua bendita, sostenida por dos ángeles con alas semiflotantes, es una idea enteramente nueva, que no carece de mérito; y los vasos del género de Luis XV, cuya pintura imita á la de la porcelana, forman un adorno delicadísimo y perfecto. La estatuilla al estilo de Pradier, llamó mucho la atención de los inteligentes por la finura y ligereza de su ropaje. Las severas figuras de Hopital y de Aguesseau se hallaban de tal modo colocadas en la sombra de la galería, que era de todo punto imposible apreciar su mérito, y á pesar de que este es grande, puede decirse que en el Palacio de Cristal pasó desapercibido.

Si queremos examinar por un instante el efecto de los contrastes, debemos colocarnos entre las obras de MM. Vittoz y Paillard, y encontraremos las de los hermanos Levy, artistas hábiles que se han consagrado en cuerpo y alma al culto del género Pompadour, culto algo mundano en verdad, y que debe conseguir para nosotros el perdon de los elogios que creemos ha merecido, en consideracion del gran principio

que en materias artísticas nos ha servido de guia, á saber, que la industria debe producir un poco de todo.

Y esto es lo que han hecho los hermanos Levy con las hermosas mezclas de porcelana y de bronce, en la fabricación de sus preciosísimas figuras y acabadas flores.

De Mr. Susse solo podemos decir lo que ya hemos consignado respecto á Mr. Vittoz: ha fabricado bellísimos artículos de ornamentación, sin cuidarse del estilo, de la época, ni del género á que pertenecen. Creemos que ha obrado con acierto y dentro de los preceptos del arte, porque lo bello siempre es bello. Se ha dedicado especialmente á reproducir asuntos históricos, y preciso es confesar que hasta el presente no ha encontrado rival que pueda disputarle la gloria que ha sabido adquirir á costa de un inmenso caudal de paciencia y de perseverancia.

Al mismo autor se debe el famoso reloj de *Pablo y Virginia*; es una composición sin igual, que ha escitado la admiración de los mas aventajados artistas, y que basta, aunque otra no existiese, para estender la reputacion de Mr. Susse.

En cuanto á la fabricación que podemos llamar basta, la mas propia y adecuada á una exposicion, y que se recomienda por su buen gusto y por la solidez de su trabajo, se encuentra en los talleres de Mr. Potonié, cuya actividad y exactitud son universalmente conocidas. En el continente europeo escasean mucho estos hombres, tan comunes en Inglaterra, y que constituyen un lazo precioso para las grandes y durables relaciones industriales y mercantiles.

FLORA FABRI.

En el *Journal des Theatres* de enero y en *La Ilustracion de Leipzig* de 22 de mayo del año actual, hemos leído una biografía de la señora FLORA FABRI, primera bailarina de la grande Opera de París, y hoy escriturada para el Teatro Real. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos íntegra esta biografía, puesto que se trata de una artista que dentro de breves días ha de aparecer sobre el palco escénico del teatro de Oriente, y acerca de cuyo mérito está llamada á pronunciar su fallo la escogida sociedad de la corte.

Nosotros, sin embargo de lo que dicen nuestros colegas de *allende*, esperamos ver á la señora FABRI para juzgarla,



Nuevo estampado sobre loza.

á propósito de las notabilidades líricas y coreográficas, cuyo debut está ya tan próximo.

Hé aquí la biografía que aparece firmada en el *Journal des Theatres*, por Víctor Herbiñ, y que tradujo *La Ilustración de Leipsik*.

«Hay familias privilegiadas, en las cuales el talento parece hereditario, transmitiéndose en ellas como si fuera un patrimonio.

«Ejemplo vivo de esta verdad es FLORA FABBRI, que nacida de una nobilísima estirpe, apareció de niña adornada de todas las mas preciosas cualidades que distinguen al genio.

«Por efecto de un cambio ocurrido en la fortuna de esta familia, el abuelo y padre de FLORA siguieron la carrera coreográfica, en la cual brillaron extraordinariamente, como si al emprenderla por necesidad hubiera preexistido en ellos una irresistible vocación.

«FLORA FABBRI nació en Florencia el año de 1826, debiendo el arte coreográfico á aquel capricho de la suerte la adquisición de esta jóven y atractiva sílida, honor y gloria de su país.

«En la edad en que los niños empiezan á manifestar ya de un modo significativo sus instintos y aficiones, FLORA, esbelta, linda, elegante y graciosa, revelaba las mas felices disposiciones para el baile.

«Aun no había cumplido cinco años, cuando su padre la puso bajo la dirección de la señora Torelli, que brillaba en aquella época; y poco tiempo después ingresó en la *Escuela Imperial y Real de Milan*, cuyo jefe, Carlos Blasis, la hizo debutar en el teatro de la *Fenice* de Venecia.

«La misma razón de ser muy jóven FLORA, hizo que se admirara mas su precoz talento, y que su aparición en el mundo artístico fuera considerada por los aficionados como la de un astro que habría de brillar con refulgente resplandor. Este ensayo de FLORA fué el primer eslabon de la cadena de triunfos artísticos que forman la vida de la sílida de Florencia. Desde Venecia pasó á bailar en los principales teatros de Italia.

«En Parma, donde reinaba la emperatriz María Luisa, obtuvo el favor de que además de dar siempre esta soberana la señal para los primeros aplausos, la hiciese llamar á su palacio y la regalara un magnífico brazalete, acompañando á esta espresion las frases mas benévolas y lisonjeras. Aquel día fué uno de los mas felices para FLORA, y su recuerdo es siempre dulce y grato á su corazón.

«En Trieste, el obispo Walisk fué uno de los mas ardientes admiradores del talento de la artista florentina, hasta el punto de que la dedicara una composición poética, con motivo de haber bailado FLORA en la ópera de Meyerbeer *Roberto el Diablo*.

«Hé aquí la traducción libre de estos versos.

«Por su dulce sonrisa, su ardiente mirada, y su manera delicada de bailar, FLORA, la hechicera, convierte en paraíso el infierno.»

«Y no se crea que todos estos triunfos de FLORA FABBRI nacian de que no tuviese que sostener luchas peligrosas con rivales temibles, puesto que unas veces se encontraba con la Taglioni, la eminente Taglioni, que entonces estaba en el apogeo de su fama; otras con la simpática y encantadora Cerrito, con las cuales tenia que sostener esa lucha noble y generosa, que consiste en obtener los aplausos debidos al verdadero mérito.

«Ya no faltaba á FLORA en esta época otra cosa que alcanzar la consagración de su talento, de la sociedad de París, sin cuyo *exequatur* toda reputación artística es incompleta. Entonces se casó con Luis Bretin, jóven bailarín de gran nombradía, por los triunfos que había conquistado en los primeros teatros de Italia, y sobre todo en el teatro de la Opera de París.

«FLORA FABBRI BRETIN pues apareció sobre la escena francesa, al mismo tiempo que la Taglioni abandonaba el centro coreográfico. Hé aquí lo que el folletínista del *Journal des Debats*, Julio Janin, dijo de FLORA:

«La FABBRI baila con sus pies, sus ojos, su genio, su corazón, su alma y sus sentidos; tiene una ligereza fabulosa; ves tan aérea como la Taglioni en sus mejores tiempos.

«Si, sí... mas ligera que las plumas y el viento... se coloca sobre sus pies con una gracia que atrae y provoca á la vez... Por eso, aparte los *tours de force* de que ha hecho gala, nos ha encantado en *La Silphide*, baile con que hizo su debut; y en *Le Dieu et la Bayadère* ha producido las mas agradables sensaciones en el público, que la colmó de aplausos en medio del mas frenético entusiasmo.»

«Después de estos bailes, ejecutó *Le Diable á quatre*, *Paquita*, y otros en que obtuvo las mas lisonjeras ovaciones de un público tan delicado, tan difícil de contentar como lo es el parisiense.

«Todo en FLORA FABBRI parece concurrir á formar una bailarina perfecta. Los encantos de su persona, lo espresivo de su fisonomía, su gran talento como *mímica*, su ligereza aérea, su elegancia, y en fin, esa mezcla indefinible de gracia que provoca, y sencillez inocente que despliega en sus actitudes, son cualidades que en alto grado posee FLORA. Además, baila con una gran corrección, y el vigor y fuerza que ostenta en ciertos pasajes, han hecho que se diga que las puntas de sus pies son de acero.

«Aprovechando las temporadas en que no está abierto el teatro de la grande Opera de París, ha recorrido otros varios países.

«En Londres, donde se ha presentado con alguno de sus bailes, ha sacado de sus casillas á los fleemáticos ingleses, y aquellos periódicos tan reservados han consignado los brillantes triunfos artísticos de la aérea y voluptuosa hija de Terpsícore.

«En Bruselas la saludaban diciéndola: «¡Gloria á la artista! Dios guarde á la muger de corazón.»

«En esta ciudad dió una función á beneficio del hospital de pobres ciegos, y con sus productos se estableció una cama mas en el mismo. La representación fué una ovación continua, y hubo un momento en que FLORA FABBRI quedó enterada entre las flores que de todos los ángulos del teatro caían á sus pies. La junta de beneficencia quiso perpetuar la memoria de este acto generoso, y al efecto dedicó á FLORA una medalla, que le fué presentada con toda solemnidad.

«Feliz tú, artista, tan grande ya por tu fama, y que puedes ceñir tu frente con dobles coronas!

«La de la gloria teatral.

«La de la estimación pública.

«Esta última, que rodeando á la bailarina de una brillante aureola, también inspira las mas vivas simpatías hácia la muger de corazón.

«Por último, FLORA FABBRI ha viajado también por Alemania, donde ha dejado imperecederos recuerdos de su talento.»

VICTOR HERVIN.

LA ESTATUA DE JOVELLANOS.

En tiempos en que es de buen efecto tirar del coche de una cantatriz, y la llevan en triunfo, como podian hacerlo los romanos de la república en la pomposa entrada de Paulo Emilio; en que todo autor de producciones dramáticas es llamado al escenario, convirtiéndose esto en acto de rutina, que ya va alcanzando á los traductores, á diferencia de cuando Voltaire recibía en el palacio de la Tullerías una de las ovaciones mas brillantes que se tributan al mérito, al ingenio y á la ancianidad venerable; en que se arrojan ramos, coronas, versos y alhajas á la ligereza de los pies, cuando en otras épocas se premiaba así al talento, como á Corina en el Capitolio, y como mucho antes á los ciudadanos mas eminentes en los juegos olímpicos de la Grecia; en que se trata de erigir estatuas á cómicas y á bailarinas (y cuenta que soy tan aficionado como el que mas al arte declamatorio, al lírico y al coreográfico), creo que no estará por demás perpetuar la memoria de un célebre jurisconsulto y publicista, de un magistrado integro, de un sabio ministro, de un honrado patricio, el señor D. Melchor Gaspar de Jovellanos. Así recompensan las naciones civilizadas á sus grandes hombres y á sus héroes. Así se eterniza el recuerdo de las virtudes y del genio en las ciencias y en las armas. Por eso en todos siglos y países se han rendido constantemente estos inmortales homenajes. La antigüedad griega y romana nos han legado un grandioso testimonio, en sus columnas, obeliscos, arcos y panteones, que si bien en su mayor parte convertidos en seculares y majestuosas ruinas, envueltas en el silencio y el olvido, todavía revelan el profundo entusiasmo de sus autores, no menos que el culto misterioso con que se adoraba á esos varones insignes.

Este ejemplo se ha seguido en parte en los pueblos modernos. La Inglaterra ha levantado estatuas á Shakespeare, Newton, Wellington, Nelson, Roberto Peel. La Francia á Enrique IV, Corneille, Napoleon. La Alemania á Guttemberg. La Prusia á Federico II. La municipalidad de Múburg á Othon de Gueric. La Cerdeña abunda en iguales sentimientos hácia Carlos Alberto. Nuestra patria no se ha quedado atrás en esta gloriosa senda: su corte ostenta las estatuas de Cervantes, Felipe IV, Felipe V é Isabel II. La ciudad de Vich consagra un monumento á D. Jaime Balmes, al que se ha dignado contribuir nuestra Reina satisfaciendo una porción de los gastos. Interminable sería la enumeración de las capitales y demás puntos en que aparecen relevantes pruebas de que por donde quiera se verifica el *non omnis moriar* de Oracio; de que ciertos seres privilegiados no mueren jamás; á semejanza de esas plantas funerarias que conservan su permanente lozanía en medio de los cementerios; de que, en fin, mas allá de la tumba les quedan su nombre, una hermosa página en la historia, y la gratitud de las generaciones venideras, que son el inmarcesible trofeo que decora su sepulcro.

Dominao por estas ideas, el ilustre ayuntamiento de Gijón tenia el pensamiento de levantar una estatua al autor de la ley agraria; allí se mecía su cuna, allí también descansan sus cenizas, encerradas en un sencillo monumento cerca del altar mayor de la iglesia parroquial, con un epitafio escrito por su digno amigo el señor D. Manuel José Quintana.

Yo he tenido la dicha de indicar este proyecto, que al momento fué aprobado con entusiasmo y por unanimidad. Para llevarlo á cabo habíamos hablado acerca de la oportunidad y conveniencia de abrir una suscripción general, pues que la obra exigiría grande costo para ser cual corresponde, y la corporación no podía pagarla por completo, aunque concurría con una cuota importante. Con este objeto se había puesto un diseño que existe en las casas consistoriales, trabajo del acreditado escultor honorario de cámara D. Sabino de Madrid, y representa á Jovellanos en pie, de toga, con unos papeles en la mano derecha. No habiendo dado la instrucción suficiente al artista, su dibujo no llenaba todas las circunstancias que se deseaban, y por tanto se le encargó por segunda vez, ó mas bien por primera, porque el referido diseño lo tenia de tiempos atrás, se le encargó que hiciese uno para presentarlo definitivamente á la aprobación de la Academia de San Fernando, para desde luego empezar la obra, debiendo arreglarse á los particulares siguientes:

La estatua de Jovellanos será de bronce, colocada sobre un pedestal y el correspondiente zócalo, ambos de mármol de la mejor clase, levantándose á la altura de unos veinte y tres pies. Un enverjado de hierro fundido circundará el recinto, cuyo pavimento será también de mármol. El monumento ocupará el centro de la plazuela del Instituto, contigua al establecimiento literario, que fué siempre el objeto predilecto de aquel amante de la humanidad, y de aquel distinguido orador, que en un tiempo hacia resonar su palabra elocuente en las cátedras del mencionado edificio. Flores y árboles escogidos adornarán las avenidas del local, formando cuadros de jardín y alameda. El monumento tendrá todo el lujo y ornamentación que se merece.

Después de mi salida de Asturias no he sabido mas acerca de la realización de esta obra. Espero no se quedará en mero proyecto, porque el celoso diputado á cortes por el distrito, el señor Canga Argüelles, había ofrecido dar con sus amigos la cantidad de cuarenta mil reales. El mismo abrigaba hace mucho la idea de que nos ocupamos, porque nuestra generosa Reina no será indiferente á la memoria de un proyo é inclito ciudadano, que sirvió con lealtad á sus regios progenitores; porque la Reina Madre será también participante en las glorias del principado, que fué el origen de la monarquía, especialmente ahora que ha conversado con el apreciable señor Cienfuegos Jovellanos, pariente y heredero del ilustre Jovino, que ha visto la casa en que nació, y que ha examinado los trabajos y los beneficios que ha dispensado á sus

compatriotas. Y sobre todo, este asunto no es solamente municipal, no es de una localidad mas ó menos estensa, sino que es nacional; es mas todavía, pues los grandes hombres no pertenecen exclusivamente á ningún país, á ningún clima; son como astros luminosos, que desde una region, inaccesible á los tiros de las mas malas pasiones, despiden sobre la tierra una claridad hermosa, vivificante y resplandeciente. Y nosotros, que vestimos la toga, y que nos hemos instruido con las inspiraciones de ese esclarecido jurisconsulto, y que nos admiramos de su conducta incensurable, á la par que nos entristecemos por su muerte prematura y desconsolada, debemos cooperar á que la posteridad haga justicia, ya que no siempre lo hacen los contemporáneos, á los que tan principalmente han militado en esa valiente cruzada contra la superstición y la ignorancia, y en favor del saber, de la sociedad y de la civilización del mundo, y en especial del siglo presente.

Albacete, agosto 19 de 1852.

ANTOLIN ESPERON.

REVISTA DE TEATROS.

Empieza como siempre el nuevo año cómico, abriéndose muchos teatros y formándose las mas brillantes ilusiones. Pocos son los que llegan al fin de la jornada y logran cantar victoria. Lo hemos dicho repetidas veces: Madrid no puede sostener seis teatros; y cuantos esfuerzos se hagan, son inútiles. Sin embargo, no falta quien se arriesgue á probar fortuna, y entonces, aunque se dice, comunmente que la fortuna ayuda á los audaces, siendo muchos los que tienen audacia; naturalmente se ha de ver la fortuna en gran conflicto al repartir sus dones.

Príncipe, Variedades, Instituto, Circo, Teatro-Real, Teatro-Francés, Galeria topográfica, Circo de Paul, Circo de Tournaire, y todavía queda el teatro de *Los Basilios*, dispuesto á admitir á cualquier otro empresario que pida alojamiento. Si á esto se agrega algun extranjero que le dé la humorada de traernos un león ó un oso, monos sabios, pulgas discretas ú otracuriosidad por el estilo, ya tienen los madrileños con que entretenerse y donde escoger. Pero dejemos á cada cual con sus caprichos y con sus ilusiones, y limitémonos á visitar lo que hasta ahora se nos presenta.

Abrió la marcha el teatro del *Príncipe*, dirigido por Don Julian Romea, y asociado este á otros actores. Llamó la sociedad en su auxilio á varios escritores dramáticos, y estos se presentaron á darla su cooperación, estableciendo ciertas condiciones preliminares, ventajosas para unos y otros. Los escritores han cumplido por su parte, entregando al señor Romea las siguientes obras, que fueron leídas y aprobadas.

La señora Avellaneda, el drama original titulado *La hija de las flores*, y *El donativo del diablo*, también original. El señor Ariza el drama *La fuerza de voluntad*, representado ya. El señor D. José María Diaz, *Las cuatro estaciones*, comedia original, y otra titulada *Los dos kuakeros*. El señor Asquerino una traducción en verso de la comedia francesa *Las familias*. El señor D. Isidoro Gil otro drama traducido y titulado *Guillermo el volatinero*; y de otros autores el drama original *Caridad y recompensa*, y las comedias *Tres al sacco*, *El cuarto de mi muger* y *El golpe en vago*. El señor Rubí leerá muy pronto su última obra, titulada *El fénix de los ingenios*; y los señores Cazorro y Selgas presentarán también sus dos últimas producciones.

Ocupémonos ahora del drama del señor Ariza, estrenado el jueves con tan feliz éxito: su argumento está tomado de la historia de Navarra: D. García, rey pusilánime y cobarde, llamado el *temblosa*, vive encerrado en su palacio, dejando que la morisma tale su reino, y confiando los cuidados de la guerra al conde D. Ramiro, noble ambicioso que ha educado al rey, y que ha procurado, en union con el conde D. Gonzalo, infundir en el monarca temor y odio á todo lo que pudiera hacerle esponer su vida. El conde D. García pensaba eclipsar así el trono y ceñir algun día la diadema real.

Una muger logra trasformar en valiente á aquel príncipe débil. Este ama á Doña Jimena, hija del conde D. Gonzalo, y Doña Jimena no puede conceder su cariño á un cobarde. El rey escondido oye el juicio que de él ha formado el objeto de su cariño. Inspirado por este amor y alentado por el espíritu noble y guerrero de la muger que ama, vence á fuerza de voluntad su cobardía; recibe de Doña Jimena la espada de Inigo Arista y el yelmo de Sancho Abarca, sus antepasados, y parte á la guerra, donde hace prodigios de valor. Después de conquistar así el aprecio y el respeto de sus vasallos, vuelve á su palacio, destruye las maquinaciones que contra él trama D. Ramiro para destronarle, da la mano á Doña Jimena, á la muger que le ha conservado su corona, haciéndole digno de ella.

Este es en resumen el argumento, bastante sencillo, pero que no por eso deja de tener situaciones de interés, y grandes rasgos de nobleza y de ternura. Nos ha parecido una situación muy falsa, el que el rey se durma precisamente en los momentos mas difíciles, y cuando le rodean mayores peligros: desde la mitad del tercer acto se conoce ya el desenlace, pero á ello contribuyen mucho las palabras de Doña Jimena, al final de la escena novena, cuando dice al retirarse que velará por el rey.

Los caracteres están bien sostenidos, y la versificación nos ha parecido muy buena.

La señora Palma, en el papel de Doña Jimena, arrancó merecidos aplausos: el señor Romea tuvo momentos felicísimos en que fué aplaudido con notable entusiasmo: el señor Pizarroso desempeñó muy bien su parte, y fué también aplaudido.

El drama se vistió con el mayor lujo y precisión. Con la *Adriana* dió principio á sus tareas la compañía de Variedades. Como en las anteriores representaciones, fueron aplaudidos Teodora Lamadrid y Arjona. Es una de las obras mejor representadas por esta compañía. Después seguirá un drama del señor Ereton, titulado *El valor de la muger*, y una comedia traducida por el señor Vega.

En *El Instituto* se ha puesto últimamente en escena una comedia de D. Cayetano Suricaday, titulada *El marido calavera*. El primer acto es bueno: el segundo es bastante re-

gular; el tercero es el peor: tiene sin embargo escenas muy cómicas, y en todos los finales de acto se conserva el interés: el público aplaudió y llamó al autor. La ejecución fué buena.

Esta empresa cuenta con varias comedias originales y traducidas, y con el útilísimo auxilio de una sección de baile muy numerosa, á cuyo frente están la Vargas y Ruiz.

El lunes se abrirá el *Teatro-Francés*; se dice que la compañía actual es mejor que la anterior: sin embargo no hemos visto en la lista ningún artista notable de los teatros de París, y sentimos que haya sido preciso ir á buscarlos á los departamentos.

El día 1.º se abrirá el *Circo*, y probablemente en el mismo día el *Teatro-Real*. Cuenta el primer coliseo con muchas zarzuelas originales y traducidas, y con algunos actores de menos.

El segundo empezará con la ópera *I due Foscari*.

Luego que se abran estos dos teatros habrá en Madrid nueve espectáculos, sin contar las corridas de toros y los bailes campestres. Antes de que las ferias concluyan vendrá á visitarnos algún niño gordo ó algún gigante, ú otra cosa que para verla se necesite comprar billete.

Con tanto espectáculo no es posible morir de fastidio, y el que no se divierta tendrá mucha bilis ó poco dinero.

¡Desgraciado del que reuna ambas cosas!

LOS VIAJEROS MODERNOS.

(Continuacion.)

La China es el país mas poblado del globo, y Canton es proporcionalmente á su estension, la ciudad mas poblada de la China. Segun Mr. Surr, encierra en su recinto y en sus arrabales un millon de habitantes, sin contar las 300,000 almas que viven acampadas en los barcos en el rio. Fiel á la dinastía de los Ming, trató de resistir la invasion de los tártaros, y después de muchos asaltos fué tomada y reducida á cenizas. Los cronistas refieren que perecieron 700,000 hombres en esta lucha nacional. Sobre las ruinas de la antigua ciudad, glorificada, segun dicen las tradiciones chinas, por cinco genios divinos que bajaron del cielo para bendecirla, se ha visto reedificar poco á poco aquella enorme metrópoli comercial.

La ciudad está rodeada de una muralla de tres leguas de circuito, y dividida por otra muralla en dos partes, de las cuales una se llama la ciudad antigua, y la otra la ciudad nueva. En la primera reside la guarnicion y la poblacion tártara; en la segunda habita una mezcla confusa de individuos que van á establecerse de todos los puntos del imperio.

Por espacio de mucho tiempo ha estado prohibida á los europeos la entrada en estas dos ciudades. Están confinados á un estrecho espacio, entre la muralla exterior y la orilla del rio, con un suelo cenagoso, y no podían, sin esponerse á graves peligros, traspasar el límite, vigilados por una recelosa policía. Desde 1848 tienen mas libertad de movimiento. Pueden aventurarse á recorrer las calles, que presentan un espectáculo bastante curioso; estas son muy estrechas. No circula por ellas ningún carruaje, y hay en ellas, desde por la mañana hasta la noche, tal multitud, que no se puede andar sin ser pisado y molestado por los transeuntes, por los conductores de las sillas de los mandarines ó de los ricos negociantes.

Como en Constantinopla, y en otro tiempo en muchas ciudades antiguas de Europa, cada ramo de comercio, cada clase de artesanos tiene su barrio especial. En uno están los traficantes en té ó porcelana; en otro los que trabajan en marfil, colocados uno al lado de otro en sus elegantes tiendas, cuyos estantes de madera tallada están decorados con rótulos de letras de oro, con linternas de diferentes colores, con sentencias prácticas, tales como estas: «No pierdas el tiempo en vanas palabras.—Géneros excelentes, precio fijo.—Me han engañado, desconfío.»

Si el astuto chino ha sido engañado realmente, no podrá menos que consagrar una inscripcion á este hecho, que es seguramente para él muy extraordinario. Cuando Pedro el Grande autorizó el comercio de los indios en Rusia, uno de sus consejeros le hizo presente el peligro de que entrase esta raza hábil y activa en concurrencia con sus súbditos. «Dejarles venir, le contestó el czar: muy finos deben ser si aventajan á mis rusos.» Pero mas finos que los rusos y que todos los pueblos del mundo son los industriales chinos.

En aquellas estensas líneas de almacenes y de talleres de Canton, los extranjeros observan, no sin sorpresa, los de los fabricantes de féretros. La última mansion del hombre no tiene en China nuestro sombrío aparato. Estos féretros, tallados con sumo gusto, están pintados de encarnado ó de otro color vivo, y los vestidos de luto son blancos. El chino escoge su féretro cuando se halla en la plenitud de sus fuerzas y de su salud, y consulta á los astrólogos sobre el lugar en que ha de ser enterrado. Por lo demás, sabe que sus hijos honrarán su memoria y visitarán su tumba, por muy lejos que esté situada. La ley religiosa y la ley civil se lo prescriben, y sería castigado severamente el que faltase á este deber de conmemoracion. Los chinos, á la muerte de sus padres, dejan de afeitarse la cabeza, y en tres años no pueden casarse. Cuando ocurre la muerte de un emperador, todas las familias se visten de luto, como si perdiesen á su padre. Por espacio de cien dias los hombres se dejan crecer el cabello, las mugeres abandonan sus adornos, y los altos funcionarios quitan de su bonete ó de su pecho su señal de distincion. Pueblo extraño, que une á las prescripciones mas interesantes las costumbres mas bárbaras, que ve sin piedad á la jóven sufrir con sus piés mutilados, que no le permite sentarse á la misma mesa que su marido, y se inclina delante de ella con respeto cuando es vieja; pueblo extraño, que profesa un culto sin igual á las letras y á las ciencias, que desde hace dos mil trescientos años, con cierta señal de distincion á los descendientes de Confucio, les paga una pension, y que rechaza, con la presuncion grosera de la ignorancia, el saber de los otros pueblos; mundo único en la pluralidad de los mundos terrestres, y planeta aparte en el órden de los planetas de la inteligencia, activo y estacionario, iluminado con sus propios rayos, y rechazando orgullosamente los rayos de afuera.

Canton, á pesar de su movimiento comercial, es una ciudad literaria. ¿Y qué ciudad no ha de ser literaria en un país

donde, fuera de la familia imperial, no hay ni títulos, ni cargos hereditarios; donde la nobleza puramente personal solamente se adquiere por el trabajo; en ese arcano de la caligrafía y en ese eldorado de la ciencia, donde los mas altos empleos están reservados para aquellos que, después de numerosas pruebas, hacen un brillante exámen en presencia del emperador; donde el mas infeliz del pueblo puede obtener por sus estudios, con el título de mandarin, el insigne honor de llevar la túnica de seda, el boton de cristal, y por el mismo hecho de su dignidad ennoblecer, no á sus descendientes, sino á sus abuelos hasta dos ó tres generaciones?

Todos los años se publica en Canton cierto número de obras, que se venden á precios muy bajos, y que pueden leerse por una cantidad insignificante en los gabinetes de lectura. Así como en Europa, el catálogo de las publicaciones nuevas del celeste imperio se compone principalmente de novelas y poesías, y de lo que felizmente no se ve en Europa, de un gran número de libros obscenos, cuya libre circulacion está permitida. Pero al lado de estos bochornosos folletos, indicio de la mas profunda depravacion, ven la luz pública todos los años obras recomendables. Los escritos de Confucio y los tratados de los antiguos filósofos continuamente se están reimprimiendo, y nuevos escritores estendien sin cesar el dominio de la literatura seria. El emperador Khian-Loung habia reunido, dice Mr. Surr, en su biblioteca, ciento setenta y siete obras sobre la historia de la China, y se calcula que la biblioteca del emperador actual contiene dos millones y medio de volúmenes. Cuando los chinos se ponen á hacer obras, no se quedan cortos. Los enciclopedistas del siglo XVIII, con todo su orgulloso saber, todo su ardor filosófico, no produjeron mas que veintiocho volúmenes en folio; ¡Qué miseria! La enciclopedia china se compone de seis mil volúmenes. Para comodidad del vulgo se ha hecho un modesto compendio de cuatrocientos cincuenta volúmenes.

En esta increíble tarea de los escritores y de las imprentas, en este océano de libros, la prensa periódica está reducida á muy estrechos límites. El sublime emperador de la China, el hijo del cielo, no ha tenido todavía la dicha de ver todas las mañanas millares de periódicos que discutan los actos de su gobierno, ni á los funcionarios destituidos de sus destinos, ni á los candidatos al grado de mandarin defraudados en sus esperanzas erigirse en jueces de sus ministros, condenar sus decisiones y desarrollar con amable satisfaccion las teorías de otro sistema administrativo. Tales goces están reservados á los pueblos que aspiran á alcanzar el apogeo de la civilizacion.

En toda la estension del imperio chino no existe mas que una gaceta, publicada en Pekin, una modesta y pacífica gaceta, que no admite ni el vituperio ni la discusion, que no hace mas que anunciar al pueblo los nombramientos de los funcionarios, los resultados de los exámenes, y los decretos del emperador, cuyos decretos son ejecutados sobre la marcha. En cierto día del año, el poderoso periódico anuncia que ha llegado el verano, y así en el norte como en el mediodía del imperio, sea cualquiera la temperatura de esta ó la otra provincia, luego que se promulga el soberano decreto, todos los chinos deben dejar su gorro de fieltro y sus abrigos, y tomar el vestido de verano. Seis meses después se publica el mismo decreto para el invierno, que se obedece del mismo modo. El despotismo asiático deja siempre muy atrás al despotismo de Europa; no solamente dispone de la suerte de los hombres, sino que manda á los elementos y arregla las estaciones.

A pesar de la severa policía establecida en Canton, tanto para vigilar á los indígenas como á los extranjeros, á pesar de las precauciones tomadas para proteger la ciudad de las maquinaciones de los malhechores, á pesar de las centinelas que vigilan constantemente en lo mas alto de una torre elevada, con cierto instrumento al lado para dar la señal de alarma en caso de incendio, frecuentemente los ladrones, los intrépidos ladrones chinos, logran pegar fuego á un barrio para sacar su botín en el desórden. En el seno de aquellas calles estrechas, en aquella aglomeracion de casas, construidas á la ligera, y llenas en su mayor parte de materias inflamables, el fuego encendido por el deseo desordenado, hace en poco tiempo estragos terribles. En 1842 uno de estos incendios devoró tres factorías europeas y 95,000 habitaciones chinas. En 1844 hubo un incendio en un teatro, comunicó á las habitaciones vecinas, y segun dicen, perecieron en él 2,000 personas. El virey de la provincia es responsable de estos accidentes, y se castiga segun la estension del desastre. Si se queman mas de diez casas en el distrito de su gobierno, pierde un mes de sueldo; si treinta y una, pierde el sueldo de un año; si trescientas, descendiende un grado en la jerarquía administrativa. Si pasan de este número se espone á perder el destino, que merece la pena de conservarlo, pues sus emolumentos ascienden á 15,000 taels (448,000 rs.) al mes.

(Continuará.)

MONOGRAFIA DEL SUSPIRO.

No crean nuestras bellas lectoras leer en este artículo el modo de confeccionar ese dulce delicado que se hace con azúcar alfeñicada, y que han bautizado los confiteros con el poético nombre de suspiro; ni tampoco piensen que vamos á ocuparnos de botánica, y á manifestar la forma de la flor que lleva ese mismo nombre, sus propiedades, y método de cultivo: nada de eso; al hablar del suspiro, queremos referirnos á esa tierna emanacion del alma, que se exhala del comprimido pecho con mas ó menos ímpetu, con un sonido mas ó menos pronunciado, y que sin espesarse por medio de un signo, sin formular ninguna palabra, halla eco en nosotros, y su leve manifestacion nos dice mas que las mas sentidas frases, y nos revela á veces la causa que nos lo promueve, con mas verdad acaso que esos signos convencionales por cuyo medio trasmitimos nuestras ideas y pensamientos.

¡Cuán maravillosa es nuestra organizacion! El movimiento mas insignificante de nuestro cuerpo, la menor alteracion del mas ínfimo de sus órganos, el mas leve aliento es causa bastante poderosa para entonar un himno de gracias al Autor y árbitro de la creacion! A falta de la escritura y aun de la palabra, ¡cuántas diversas maneras no tenemos para espresar nuestras ideas y sensaciones!

Sufre el alma pena, ansia, deseo, temor, esperanza, y... se suspira. No es difícil comprender en esa leve alteracion del pecho, en ese apagado sonido, en la espresion del rostro, la sensacion que produce aquel suspiro.

No todos los suspiros se parecen, pues existen diferencias, y hay gradaciones entre ellos, desde el suspiro ahogado, hasta el fuerte y sonoro que llega á estallar en una interjeccion.

La importancia del suspiro ha pasado sin duda desapercibida, cuando no se han escrito gruesos volúmenes para hacerla patente á todos, en un tiempo en que ha sido preciso recurrir á la mecánica y al vapor para prestar mas valor que el que intrínsecamente tiene, y embadurnar su tersa y blanca superficie con líneas negras, largas y cortas, iguales y desiguales. Cuando mas, algun poeta le ha dedicado algunos versos... y por cierto que mas merece un suspiro.

¿Quién pone en duda su poderío?

¿Quién su fuerza de atraccion y de repulsion?

¿Quién su dulzura y benéfico influjo?

¿Quién su amargura y veneno?

¿Quién su inocencia y sencillez?

¿Quién su doblez y malicia?

¿Quién sus traiciones?

¡Ay, sí! Que traiciones, y muchas, van envueltas á veces entre el impalpable soplo de un suspiro!

No á todos es dado establecer la debida distincion entre suspiros y suspiros. Se necesita un estudio especial del corazón humano para distinguir, entre sus leves diferencias, la causa que produce el suspiro.

Y este estudio sube de punto, se hace casi inaccesible á la limitada capacidad humana, al procurar descubrir lo que hay de verdadero ó de falso en un suspiro.

(Continuará.)

UNA HERENCIA.

(Continuacion.)

En seguida Edith, obligada por las preguntas del oficial, pasó á hablar de Muller, de sus niños, de Spiegel, y de la vida modesta, laboriosa, pero agradable, que hacian en Munich. En todas sus palabras aparecia la verdad desnuda y sin celajes, como la rosa al través del cristal del agua trasparente. La sorpresa de Federico crecia por momentos.

—He aquí mis niños, gritó de repente Edith rebosando júbilo y enseñándole á Herman y Margarita, que venian corriendo. Helos aquí, caballero: miradlos bien. ¿No es verdad que no os he engañado? ¿No es verdad que son muy hermosos, encantadores?

Federico examinó la niña con la mas escrupulosa atencion; pero en vano buscó en aquella carita de nácar y rosa una sola faccion, una sola línea, un solo rasgo que recordase el páldo y ovalado rostro del conde Segismundo. Al ver aquella madre tan jóven y tan linda estrechar en sus brazos aquellos dos niños preciosos que se disputaban sus besos, acabó de comprender que sus tias se engañaban.

A pocos pasos del castillo Federico se separó de Edith, que al entrar en casa encontró la sala desierta: Muller habia salido ya. La jóven castellana apoyó sus brazos en una ventana abierta y se puso á soñar despierta con las escenas de movimiento y animacion que Federico acababa de describir á sus ojos, con la nueva existencia que la habia hecho entrever, como si fuera una plaga encantadora. Pocos instantes después el sonido de las trompas vino á interrumpir el curso de sus cavilaciones: era Federico que salia vestido de cazador seguido de una multitud de perros y picadores. Al pasar por debajo de la ventana en que estaba Edith refrenó con la mayor gracia su fogoso caballo, saludó, y partió al galope. Cuando ya iba á desaparecer tras el recodo que formaba una calle de árboles, volvió bridas para saludar por segunda vez á la castellana que le seguía con la vista. Su traje ceñido dejaba ver toda la elegancia de su talle, toda la perfeccion de sus formas: Edith no pudo menos de convenir en que su nuevo huésped era todo un buen mozo.

Los alegres proyectos de Federico hacian sonreír á Edith, cuya gracia y hermosura hacian la admiracion del jóven oficial: este iba poco á poco convenciéndose de que en resumidas cuentas su señor primo podia muy bien no haber sido tan generoso como generalmente se creia. Sin embargo, en el porte y en la conversacion de aquella muger habia un no sé qué de grave, de honesto, de ingenio que le hacia perder la pista y lo embarazaba de una manera estraña. Y es que la castidad tiene un aroma particular, que nadie conoce mejor que los libertinos, difíciles de ser engañados en la materia. Federico habia intentado repetidas veces dar á la conversacion un giro un poco mas vivo, mas picante; pero siempre se habia detenido ante la cándida sonrisa ó la inocente mirada de Edith; tanto, que empezaba á dudar si habria andado demasiado ligero en dar crédito á las aserciones de sus tias; y para saber de una vez á qué atenerse, entró resueltamente á hablar del conde de Hildesheim. A medida que iba hablando miraba con la mayor atencion á Edith, por si podia sorprender en su frente ó en sus ojos la turbacion de ánimo que nace de la falta, ó la tristeza que inspira un recuerdo de ternura. Mas Edith, tranquila y serena, se entretenia en deshojar entre sus dedos de niña una rosa de otoño, que acababa de coger. Por último, decidido á saberlo todo ó á adivinarlo al menos:

—Es preciso, señora, dijo, que convengais en que el conde Segismundo era el hombre mas galante de nuestro tiempo. Yo lo queria con pasion, y comprendo perfectamente que no os haya sido indiferente.

La única respuesta que Edith dió á esta brusca interpeccion fué contar con la mayor candidez de qué manera habia conocido al conde Segismundo, y cómo solo una vez habia entrado en su casa en Munich. Esta narracion fué hecha con tal sencillez, con tal aire de verdad que Federico se sintió confundido de verguenza.

—¡Es posible, exclamó; no lo habeis visto mas que una vez! ¡Con que es decir que él mismo se presentó, que se fué sin revelaros su nombre, y que no habeis vuelto á verlo desde entonces!!!

—Nunca en verdad.

—Pues, francamente, repuso Federico, si yo me hubiese

visto en el caso de mi noble pariente, de seguro no hubiese sido tan discreto.

VII.

Lo primero que sintió Federico cuando se convenció de su error, no fué, como se pudiera suponer, indignarse contra la calumnia, acusarse á sí mismo, arrepentirse ó renunciar á sus esperanzas, no. Aun admitiendo como verídicas las injuriosas sospechas de sus tías, no hubiera creído Federico atentar ni contra la memoria de su primo, ni contra la consideracion debida á Edith. Aun cuando esta hubiese amado al conde Segismundo; aun cuando el conde hubiese pagado esta dicha con el donativo de todos sus estados; aun cuando la esposa de Muller hubiese aceptado sin vacilar el precio de su ternura ó de su complacencia, el jóven oficial no hubiera visto en todo ello nada que no fuese muy sencillo y muy legítimo. Acostumbrado desde muy antiguo á este género de transacciones, Federico no era hombre que se espantase de pequeñeces; y no porque careciese de honor, de delicadeza, de lealtad; sino porque siempre que se trataba de aplicar la moral al amor, era un pozo inagotable de indulgencia. En todo lo que él acababa de descubrir solo había comprendido una cosa, á saber: que la plaza no se rendiría tan pronto como en un principio había esperado.

—Está visto, se dijo á sí mismo suspirando; será menester sitiaria en toda regla. Corriente; así me distraeré y me adiestraré al mismo tiempo. De todos modos yo tengo que desquitarme; y ya que no pueda ser de mi primo será de Muller.

Al día siguiente se presentó en casa de Franz, y desde el primer momento supo captarse la amistad del marido y de los niños. Por una contradicción que las gentes perspicaces comprenderán perfectamente, Federico llegó cargado de juguetes que Ulrica y Eduvigis le habían dado para los niños. Por lo que hace al padre, no le costó gran trabajo conquistarlo por entero. El nuevo señor de Hildesheim estaba tan poco conforme con la soledad en que vivía, al aislamiento en que lo habían colocado los Bildmann y los Stolzenfels, que no pudo menos de apresurarse á acoger á Federico, no solo del modo mas amable, sino hasta con la gratitud de los parias cuando por acaso reciben una prueba de afecto ó de benevolencia. ¿No eran las visitas de Federico una protesta terminante contra la insolencia de las solteronas, del mayor, de Dorotea y de los hidalgos vecinos? Por otra parte Federico era un excelente muchacho, que en todas partes estaba bien, y que con una sagacidad poco comun adivinaba al momento con qué especie de hombre iba á habérselas. Bajo las apariencias de un carácter descuidado y bonachon ocultaba una alma fina y observadora en extremo: verdad es que en esta ocasion no tuvo que poner á prueba su sagacidad, porque Muller desde su primera entrevista le abrió su corazón por completo.

Desde aquel día Federico frecuentó la casa de sus nuevos amigos con la mayor familiaridad. Su presencia produjo un poco de animacion en aquella familia que se entristecía mas y mas cada día. La jovialidad natural de su carácter, su vivacidad y las mil niñerías que inventaba para divertir á Hermann y Margarita volvieron á la vida á aquellas pobres plantas arrancadas de su suelo natal. Hoy organizaba una partida de caza; mañana una de pesca; luego dirigía magníficos paseos á caballo; después inventaba escursiones á pié á las ruinas de los alrededores. Fiel á la palabra que había dado á Edith, había enseñado para ella un lindísimo alazan con piés de ciervo y cuello de cisne, lleno de fuego y de bríos, pero dócil como un cordero á la mano de su señora. Federico sobresalía en todos los ejercicios del cuerpo: mataba los cervatillos bajo los piés de Muller; y cuando cabalgaban juntos al lado de Edith, la jóven castellana no podía menos de hacer entre ambos caballeros una comparacion que rara vez era ventajosa á Franz. Al cabo de algunas semanas los niños no se hallaban sin Federico. Este era muy aficionado á la música, segun antes había dicho, y por la noche cantaba con Edith, en tanto que Franz, sumergido en su colosal sillón, meditaba á sus anchas sobre los vencimientos y obligaciones de todo género que llovían como el granizo sobre Hildesheim, desde que maese Wolfgan, á nombre del nuevo castellano, había dado señales de vida á los adversarios del conde Segismundo, y despertado todo su ejército de curiales. Ello es que en menos de un mes el jóven oficial había venido á hacerse indispensable en el castillo. Jamás había amado seriamente; en consecuencia, por mas que hiciese justicia á las gracias de Edith, miraba como un pasatiempo ó un rasgo de vanidad triunfar de ella: Muller le había usurpado el castillo de Hildesheim, y por lo mismo al usurpar á Muller su muger, no hacía nada que no fuese de muy buena guerra y del mejor gusto. Cuanto mas se convencía de que trataba una muger decidida á resistir, ó mas bien



Por un movimiento rápido como el pensamiento, asíó el puñal de su adversario.

de una muger cuyo candor no le permitía comprender el ataque, tanto mas le interesaba el juego, y venía á mirar como una cuestion de honor tomar una plaza que parecía inespugnable. Persuadido de que la audacia y la presuncion no eran allí un medio de triunfo, continuaba su empresa á la sordina, sin aventurar ni una sola palabra que pudiese alarmar el corazón de Edith. Mientras llegaba la ocasion de declararla su amor, la profesaba una amistad desinteresada y caballeresca, de tal manera que en su interior Edith lo comparaba algunas

en tanto que Margarita coge á manos llenas cuantas flores hermosas ve y las va colocando en la falda de su vestido, Herman se apodera de la cometa, empieza á desarrollar cuerda y se dispone á lanzarla al aire. ¡Qué gozo, qué contento! ¡Con qué ardor asolaba Margarita las mejores matas! ¡Qué triunfante aparecía Herman ofreciendo á la brisa matinal la cometa, que agitándose ya en el espacio ostentaba su larga y poblada cola de papel rizado!

Mas la escena cambia de repente. Isaac Bildmann se precipita en el cercado, reconoce su cometa, se arroja sobre Herman y se la arranca de las manos. Este, que no tenía en eso de *mío* y *tuyo* las ideas mas claras y precisas, vuelve á apoderarse de la cometa, y alarga media docena de mogicones á Isaac, que contesta en el mismo tono. Desde aquel momento queda empeñado un combate en regla entre ambos campeones. Isaac es mas robusto, mas vigoroso y tiene mas años: Herman es mas ágil, mas valiente y mas irritable: la victoria, pues, está indecisa durante unos instantes; quizá se decida en favor de Isaac... Mas hé aquí que Margarita, inspirada por el amor fraternal, y teniendo firme con una mano la falda de su vestido, donde guardaba prisioneras las flores, coge con la otra una pierna de Isaac y lo hace caer en el césped. Herman, héroe generoso, no quiso abusar de su triunfo: satisfecho de ver su enemigo á sus piés, se alejó del campo de batalla llevándose la cometa, y Margarita, mientras que Isaac sin abandonar su posicion horizontal daba unos gritos capaces de despertar los muertos. Nuestros dos vencedores no se descuidaban en acelerar el paso; mas al llegar al dintel de la puerta tropezaron de frente con el mayor. Arrebató á Herman la cometa, esparcir por el suelo las flores que llevaba Margarita, dar en fin con todo al traste, fué para él obra de un solo momento. Hizo mas: exasperado por los gritos de Isaac, y deseando vengar el honor de los Bildmann ultrajado en la persona de su hijo, cogió de la oreja á Herman, y en un acceso de cólera le tiró de ella hasta hacerle sangre. Al oír á su hermano gritar, Margarita empezó á gritar á su vez con todas sus fuerzas; toda la servidumbre acude presurosa atraída por el tumulto: Ulrica y Eduvigis aplauden desde su ventana la brutal conducta del mayor. En medio de esta escena de desorden aparece Muller preguntando la causa de aquella riña.

—Vuestros hijos, respondió bruscamente el mayor, se han permitido entrar en mi jardín, en el cercado que me he reservado, que me pertenece, que no pertenece á nadie mas que á mí. Vuestra hija ha destruido mis cuadros de flores; este trasto ha cogido la cometa de Isaac, y á fin de apoderarse del bien ageno, no ha vacilado en golpear al hijo



Andrés.

del mayor Bildmann. La venganza, á Dios gracias, no se ha hecho esperar mucho: le he dado un buen estiron de orejas, y le prometo otro mayor cada vez que se le antoje pegar á mi hijo.

Herman lloraba en silencio; Margarita sollozaba; Muller estaba pálido de cólera.

—¿Qué estais hablando de cercado ni de jardín? prurumpió dirigiéndose al mayor. Aquí no hay mas amo que yo, ya lo sabeis; hasta aquí he querido toleraros esta ridícula usurpacion: pues bien, desde ahora mismo quiero que sea destruida esa cerca. El testamento del conde está terminante: os da el usufructo de una ala del castillo; pero no dice una sola palabra de cercados ni jardines. Las flores que Margarita ha cogido son perfectamente suyas, pues que todo aquí es mio: si Herman tomó la cometa de vuestro hijo, hizo mal. Pero bastante era reprenderle: habiéndole pegado habeis sido un cobarde.

Al oír esta última palabra el mayor dió un brinco como si su sangre toda hubiera hervido de indignacion en las venas.

—¡Caballero! gritó dirigiéndose á Muller con ademan militar; bien sabeis que semejante insulto no se borra sino con sangre.

—Dad á mis palabras el sentido que gustéis, replicó Muller fuera de sí y sin retroceder una línea: si quereis una satisfaccion la tendreis tan completa como podais desear. Estoy á vuestras órdenes.

Hasta entonces el mayor se habia mostrado tanto mas intratable y altanero, cuanto que no creia que el músico fuese hombre capaz de hacerle frente. Envalentonado con el exterior tímido y dulce de Muller, la echaba de maton á cada paso: mas cuando vió que Franz lo cogia por la palabra, empezó á arrepentirse de su imprudencia. Sin embargo, á fin de guardarse una retirada, continuó dando voces esperando que Muller retrocederia y se decidiria á ventilar la cuestion de una manera menos belicosa. Franz, por el contrario, irritado cada vez mas, se negaba á toda reflexion, y es que la presencia de las dos solteras que estaban á la ventana aplaudiendo al mayor, habia acabado de exasperarlo.

—Ya os lo he dicho y os lo repito, gritó en voz alterada, pero fuerte, tendreis la satisfaccion que me pedís. Jamás he puesto la mano en una espada ni en una pistola: poco importa, nos batiremos mañana, hoy, ahora mismo si gustais.

Estas palabras, un tanto consoladoras, despejaron algo la frente del mayor, que el miedo empezaba á contraer. No obstante, por no esponer su pecho á la punta de una espada inesperta, ni su cabeza á las caricias de una bala demasiado juguetona:

—Señor Muller, repuso con dignidad, teneis en mí un adversario leal. No conoceis ni la espada ni la pistola: estas armas me son muy familiares. Pues bien, para igualar la suerte nos batiremos al sable.

—Al sable ó al fusil, como querais: para castigar vuestra insolencia todas las armas son buenas.

Dijo Franz, y tomando á sus niños por la mano volvió la espalda al mayor.

Retirada en el fondo de su pátacio Edith no habia oido nada; así es que al ver entrar á su marido pálido todavia y trémulo de cólera lanzó un grito y corrió á su encuentro.

Franz, que se veia con gusto en el caso de probar á su muger que cuando era necesario no carecia de firmeza de carácter, la contó lo que acababa de pasar. En vano Edith procuró atraerlo á sentimientos mas pacíficos y demostrarle toda la puerilidad que encerraba un duelo á propósito de una cometa.

—La causa es lo que menos importa, replicó Muller con acento decidido: estoy cansado de la insolencia de los Bildmann y los Stolzenfels. Ahora se me presenta ocasion de hacerles ver lo que pienso y lo que siento; no es cosa pues de desperdiciarla. Voy desde luego á ocuparme de buscar mis testigos. Estoy seguro de que Federico no se negará á acompañarme en este lance de honor, y aun me prestará su sable.

—¡Al sable! gritó Edith aterrada.

—No te asustes, querida, dijo Franz dándole un beso: tengo la mano mas feliz del mundo, y desde ahora empeño mi palabra de presentarte mañana las dos orejas del mayor.

Algunos momentos después de haber salido Muller entró Federico. Venia de caza y nada sabia; así es que viendo á Edith anegada en llanto:

—¿Qué sucede aquí, Dios mio? preguntó acercándose á la bella castellana y atreviéndose por primera vez á tomarla una mano. ¿Qué teneis, señora? ¿Está malo alguno de los niños? ¿Qué es lo que pasa? Hablad, por Dios, hablad.

—Prometedme, Federico, dijo Edith con acento suplicante, juradme por la



Lanzó una especie de rugido, que se hubiera tomado por el aullido de un lobo, mas que por la voz de un hombre.

memoria de vuestra madre que no dareis vuestro sable á mi marido.

—¡Mi sable! ¿y para qué?

—Quiere batirse.

—¿Y con quién?

—Con el mayor.

Y derramando un torrente de lágrimas refirió al oficial la escena del parque.

—¿Y no es mas que eso? repuso Federico riendo á carca-

—Mirad, ahí teneis ya mi sable dispuesto.

—En ese caso tengo que decirnos que antes de batiros con Mr. Muller tenemos que arreglar nosotros dos una cuenta muy parecida.

—¿Os burlais?

—Con vos, mayor, no me burlo nunca. Yo sé que mas de una vez, delante de testigos y en los sitios mas públicos, os habeis permitido decir de mí cosas que no me gustan. Hasta ahora me habia abstenido de pedirnos una satisfaccion, respetando en vos el jefe de una familia; mas puesto que os esponeis por vos mismo, sin vacilar, sin reflexionar que vuestra vida pertenece á vuestra esposa y á vuestro hijo; como por otra parte es muy posible y aun muy probable que Mr. Muller envaine su sable en vuestro pecho ó en vuestro vientre, quiero usar de mi derecho y reclamo la prioridad que me pertenece. Me habeis ofendido de una manera brutal y mas de una vez; me he cansado de aguantar, y vengo á pedirnos una satisfaccion.

El tono decisivo en que hablaba Federico, hizo comprender al mayor que se trataba de un negocio serio. Bildmann no era lo que se llama un hombre apasionado al olor de la pólvora; por otra parte el resplandor de la hoja de una espada habia ofuscado siempre sus ojos.

—Antes de daros la satisfaccion que me pedís, dijo, espero que os digeis esplícarme en qué os he ofendido.

—Ciertamente, repuso Federico, que no me propongo traer ahora á la memoria todos los dichos impertinentes y groseros que habeis proferido relativamente á mí. Sabeis, tan bien como yo, todo lo que habeis hablado; no hay pues necesidad de refrescaros la memoria. En todo caso bastará citar uno de los mil dicharachos con que me habeis herido: ¿no habeis dicho que yo he consumido todo mi patrimonio en los garitos? ¿Es verdad, sí ó no?

—No lo niego, contestó el mayor; pero vos mismo ¿no habeis esparcido por ahí el rumor de que yo he disipado en las tabernas la dote de mi muger?

—¿No habeis dado á entender, continuó Federico, que después de haber arruinado á mis tias, habia venido á vivir á espensas de mi primo el conde?

—Convengo en ello; pero vos mismo, ¿no habeis sostenido que después de haber reducido á la miseria á mi muger y á mi hijo, habia venido aquí como un mendigo á implorar del conde Segismundo un pajar y un pedazo de pan?

—He dicho lo que he querido ¿lo oís? Nunca he hecho un misterio de los sentimientos que me inspirais. Pero lo que vos podeis decir de mí es otra cosa muy diferente: no olvideis que os prohibo pronun-



Después, acercándose á Jacobo, bajó su carabina.

ciar mi nombre de otro modo que con mucho respeto y deferencia. Esto es cuanto al porvenir; que por lo que hace al pasado vais á darme una satisfaccion.

—Pensad de mí como gustéis, repuso el mayor afectando magnanimidad: el mayor Bildmann tiene su reputacion bien sentada hace mucho tiempo: no temo la opinion pública. Os lo repito; pensad de mí como gustéis; pero jamás me obligareis á batirme con un pariente mio.

—Si tal es vuestra decision, sabed, mayor, que no os batireis con nadie, porque yo no quiero ceder la vez ni á Mr. Muller ni á ningun otro. Vuestra vida me pertenece; y solo con mi permiso podeis disponer de ella.

—Yo he provocado á Muller, dijo el mayor: lo siento por vos; pero el asunto está demasiado adelantado para que pueda quedar así.

—Pues bien; tenéis un medio muy sencillo de salir del paso.

—¿Cuál es ese medio?

—Pedidle perdon.

—¿Perdon! jamás, señor oficial, jamás.

—¿Adelante! continuó Federico. Sea así; pero tened presente que si esta noche á las nueve Mr. Muller no ha recibido una carta vuestra en que le pidais perdon, mañana al amanecer os batireis conmigo.

—Es decir, replicó el mayor, que estais cansado de vivir, que deseais la muerte? Corriente, nos batiremos.

—Mayor, respondió Federico, medital bien las últimas palabras que habeis oido: tenéis de término hasta las nueve de la noche.

Una hora antes de espirar el fatal plazo, recibió Muller en presencia de Federico una carta concebida en estos términos.

«Caballero:

Si yo tuviese todavía que adquirir una reputacion, experimentaria quizá cierta repugnancia á rogaros que os sirvais excusar mi momentánea vivacidad; pero he derramado mi sangre en mas de un campo de batalla, y por lo mismo no vacilo en retirar la provocacion que os he dirigido esta mañana. Creed pues que siento amargamente las palabras que pronunciaron con sobrada ligereza mis labios, y que debian conducirnos á un lance sangriento. Espero que aceptareis esta declaracion mia, siquiera porque es la primera vez que escribo semejantes frases.

(EL MAYOR BILDMANN.)

Después de terminar la lectura de este billete, Muller, creyéndose el rayo de la guerra, lo pasó á manos de Edith con el aire mas triunfante del mundo. Edith, que lo comprendió todo en el momento, dió las gracias á Federico por medio de una mirada indefinible, toda empapada de gratitud. Desgraciadamente este asunto no está aun concluido, porque la apologia hecha por el mayor traia una posdata.

«P. D. Para evitar en lo sucesivo todo motivo de reyerta entre nosotros, prevenid á vuestros hijos que no penetren jamás en mi cercado.»

Esta posdata abrigaba en su seno una horrible tempestad.

(Continuará.)

QUERUBIN Y CELESTINO,

6

UNA ESCENA DE BANDIDOS.

Por Alejandro Dumas.

(Conclusion.)

Seis días pasaron así, sin incidente alguno. Antonio á la hora señalada habia hecho sus seis comidas, notando la misma delicadeza de manjares, la abundancia de agua y la falta de pan. La madrugada del séptimo día, Antonio marchó á pasearse pensativo sobre una roca que miraba al mar, porque pensaba que solo le quedaban veinticuatro horas para descubrir el secreto del cual pendia su vida. Apenas echó una mirada sobre el valle, percibió al coronel maldecido en el mismo sitio donde habia jurado ir á reunirse con él, con el anteojo fijo y el doctor al lado. Al movimiento que hizo el coronel al distinguirle, vió que habia sido reconocido.

—Sí, sí, tenéis razon... soy yo, el imbécil de Antonio. Después consideraba con particular atencion los bellos árboles que rodeaban el valle, y se preguntaba cuál escogerian para ahorcarlo. Estaba sumido en estas profundas reflexiones, cuando se sintió tocar en la espalda; se volvió vivamente, y vió á su lado al capitán.

—Te buscaba, porque hoy te toca.

—¿El qué?

—¿Ir por provisiones, diablo!

—¿Yá!

—Vamos, date prisa, porque tus camaradas te esperan ya. Un minuto después Antonio estaba á su lado.

Los tres se avanzaron entonces silenciosos hácia una parte de la roca, cortada tan á pico, que el coronel habia juzgado era inútil colocar centinelas de aquel lado. Llegados al borde del precipicio, y mientras Antonio lo consideraba con la tranquilidad de un montañés, uno de sus compañeros sacó de debajo de los arbustos un saco y una cuerda, y se las dió á Antonio.

—¿Y qué diablos vais á hacer? dijo este un tanto inquieto por aquellos preparativos. Uno de los bandidos se echó boca abajo, de modo que solo su cabeza se distinguía fuera del precipicio.

—Haz lo que yo, dijo á Antonio.

Antonio obedeció, colocándose al lado de su camarada.

—¿Ves tú aquel árbol? le dijo mostrándole con el dedo un arbusto que crecia entre dos rocas, á veinte pasos debajo de ellos, y á unos dos mil piés del fondo del valle.

—Sí, respondió Antonio.

—Pues bien; en esa juntura hay un nido de águilas; vamos á descenderte hasta el arbusto, te agarrarás á él, y con la otra mano registrarás el nido, metiendo en el saco lo que encuentres.

—¿Cómo! ¿Los aguiluchos? dijo Antonio.

—No, sino la carne que el padre y la madre les traen, y cuyas tres cuartas partes nos comemos.

Antonio dió un brinco.

—¿Y quién ha tenido esta idea? preguntó.

—¿Buena pregunta! El capitán, respondió el bandido.

—¡Sublime! exclamó Antonio golpeándose la frente. ¡Y á este hombre voy á hacer traicion! añadió suspirando.

En efecto, Jacobo, perseguido como una fiera, aislado sobre un punto de la roca, sin comunicacion con la tierra, habia encargado á las águilas de su alimento, y los bandidos del aire y de la montaña partian entre sí como hermanos.

Aquella noche desapareció Antonio.

Al día siguiente el coronel pasó revista á su regimiento. Después dijo:

—¿Quiénes de vosotros está seguro de romper una botella tres veces, á ciento cincuenta pasos, con vuestros fusiles?

Tres hombres salieron de las filas. La botella fué puesta á la distancia convenida. Uno de los tiradores rompió las tres botellas. Llamábase Andrés.

—¿Ves, le dijo el coronel, ese águila que revolotea encima de nosotros?

—La veo, mi coronel.

—Pues bien, cuenta con diez luises si la matas.

—¿Cómo! ¿volando, ó parada?

—Como quieras; durante un mes quedas libre de hacer servicio alguno.

—¡Hola, amiga! dijo nuestro cazador al águila; anda con cuidado. Después limpió y montó con el mayor cuidado su fusil. El águila, en su vuelo circular, se habia acercado á la roca; de repente descendió como un rayo, y un momento después cruzaba los aires con una liebre en sus garras. Cinco minutos después, y dejada la presa en el nido, fué á posarse sobre una roca. Sonó un tiro, y el águila cayó.

—Vedla aquí, coronel; es macho.

—Pues toma tus diez luises; cuenta con doble cantidad si matas á la hembra.

—Basta, respondió Andrés, loco de gozo.

Al día siguiente volvia con la hembra en la mano.

—Capitán, dijo aquel mismo día un bandido á Jacobo, no habia nada en el nido.

—Pues qué, ¿han volado los aguiluchos! exclamó el capitán estremeciéndose.

—No, están allí todavía; pero sin duda el padre y la madre han creído comian demasiado, y se han cansado de alimentarnos.

—Está bien, dijo Jacobo; hoy comeremos con los restos de ayer.

Al siguiente día Jacobo quiso él mismo visitar el nido. Los dos aguiluchos habian muerto de hambre: los cogió.

—Ese infame Antonio nos ha vendido.

Aquel día los bandidos comieron uno de los aguiluchos; al día siguiente la mitad del otro; al tercero la otra mitad.

Después de comer, Jacobo se acercó al borde de la roca, y vió al coronel que hablaba con el doctor, cuyo arresto habia levantado el día que supo cómo vivian Jacobo y sus compañeros. El coronel lo distinguió, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada y lo agitó al viento. Jacobo comprendió que le ofrecian parlamentar. Llamó á María, le quitó su delantal, y fijándolo sobre su carabina, la puso en el pico mas elevado de la roca. El coronel llamó á Andrés, lo hizo su embajador, y le dió instrucciones.

Andrés se puso en camino y empezó á escalar la montaña con esa maravillosa confianza que se apoya en dos puntos: el valor que tiene y la elocuencia que cree tener. Llegado á la cima se encontró á cincuenta pasos del centinela de Jacobo, que le gritó en calabrés:

—¿Quién vive?

—Parlamentario, contestó tranquilamente Andrés. Y continuó su camino.

—¿Quién vive? gritó segunda vez el centinela.

—No te lo digo, imbécil; parlamentario, repitió Andrés alzando la voz y dando algunos pasos.

—¿Quién vive? gritó tercera vez el bandido echándose la carabina á la cara.

—¿Pero no has entendido? dijo Andrés gritando con toda la fuerza de sus pulmones y separando cada sílaba de su bocina.

—Par-la-men-ta-rio, parlamentario: ¿estás contento?

Parecia que la palabra, italianizada por Andrés, no produjo el efecto que esperaba, porque en el mismo momento que acabó de dar esta prueba de filología, la bala, tocando en el escudo del chacó del cazador, se llevó al precipicio el adorno que su propietario habia tenido el descuido de no sujetar con las carrilleras.

—¡Hijo del diablo! dijo Andrés, buena la has hecho... un chacó que tenia dentro mas de treinta cartas de mis novias, y que queria unas mas que otras... ¡Ah! bribon, tú quieres que yo te rompa el alma!

Esta última exclamacion la habia proferido al aproximarse el bandido, que viendo que Andrés, en su cualidad de parlamentario, no tenias armas, corria para herir con su puñal al que no habia podido matar con su carabina.

Andrés puso maquinalmente la mano en el costado donde debia haber tenido el sable; pero no encontró mas que la vaina. Al mismo tiempo vió brillar á poca distancia de su pecho el puñal del bandido. Por un movimiento rápido como el pensamiento, cogió con su mano el puño de su adversario. El golpe que iba á herirle quedó en suspenso y comenzó una lucha entre los dos.

El terreno sobre que tenia lugar este combate era una senda que por un lado tocaba con una roca cortada á pico, y por el otro se inclinaba hácia el precipicio de dos mil piés de profundidad.

Este estrecho espacio, cubierto de yerba seca, y que con el calor estaba escurridiza, no dejaba de ser peligroso aun para los que solo atravesaban sin precaucion: así es que los dos comprendieron el peligro y comenzaron á emplear todos los recursos de su fuerza y todas las astucias de su destreza para separarse todo lo posible del borde, porque era una suerte que el uno precipitara al otro sin ser arrastrado en su caída: todas las tentativas del bandido se limitaban á desprender su muñeca del torno que la sujetaba, en tanto que Andrés reunia todas sus fuerzas para detenerle. Además cada uno de ellos habia echado al cuello de su contrario la mano que le quedaba libre, y aunque estos dos hombres estaban animados de un deseo desenfrenado de muerte, hubieran parecido al que los hubiera visto de lejos, dos hermanos estrechamente abrazados después de una larga ausencia.

Permanecieron así algun tiempo inmóviles, sin que ni

uno ni otro pudiera prever quién conseguiria ventaja. Por último las rodillas del bandido comenzaron á temblar, su espalda se encorvó lentamente hácia atrás, su cabeza se dobló, como la cima del árbol que se dobla, sus piés se desprendieron del suelo, y cayó pesadamente como la encina desarrigada, arrastrando á Andrés en su caída, y por un movimiento maquinal al hombre que busca un apoyo, Andrés abrió la mano con que tenia la del bandido, y fué á caer á medio pié del precipicio.

Entonces continuó la lucha por la misma causa, tratando el bandido de dar un puntapié al puñal, para que cayera al precipicio, y Andrés queriendo apoderarse de él; pero por una y otra causa era preciso que estos dos hombres se aproximaran al borde. De tiempo en tiempo sus ojos ardientes echaban una mirada á aquel abismo, al que insensiblemente se acercaban; después, sin decir una palabra, sin proferir una amenaza, sus miembros se replegaban por una contraccion violenta. En fin, Andrés parecia que conservaba hasta lo último la ventaja sobre su adversario, pues en este instante le apretaba la garganta con una mano, mientras que con la punta de los dedos de la otra tocaba la hoja del puñal. Hizo un esfuerzo y le alcanzó. El bandido conoció que estaba perdido. Al momento se resolvió á morir; pero morir llevándose á su enemigo. Apoyó su pié contra la roca, sin que Andrés lo advirtiera, y en el momento en que brillaba el puñal sobre su pecho, dobló la rodilla como un resorte, y Andrés, que estaba echado sobre él, se sintió deslizar al precipicio. Resonó un grito terrible; era la doble maldicion de aquellos dos hombres. El bandido y el soldado habian perdido tierra.

Otro grito les contestó: era Jacobo el que le daba. Atraído por el tiro, habia corrido de lejos, habia visto la lucha, y llegaba en el momento en que terminaba, por la caída comun de los dos enemigos. Estendió el brazo, como si hubiese podido contenerlos; después, viéndolos desaparecer, trepó con la agilidad del yaguar sobre la estremidad de la roca que dominaba el precipicio, dirigió su mirada ávida al centro del abismo, y vió en el fondo el cuerpo mutilado del bandido, que arrastraban las aguas de un torrente.

—¿Camarada! dijo en este instante una voz que salia de algunas varas debajo de él; ¡camarada!

Jacobo volvió la vista en la direccion que sonaba, y vió á Andrés á caballo sobre un árbol que habia en la pendiente de la roca.

Andrés habia tenido la suerte de encontrar en su caída este árbol salvador, donde se habia acomodado, teniendo á sus piés el abismo, donde se habia precipitado el bandido, y sobre su cabeza diez piés de roca pelada que no podia subir.

—¿Quién eres? dijo Jacobo asombrado.

—¡Hola! hay aquí uno que habla francés, con que es decir que nos entenderemos, dijo Andrés acomodándose mejor que hasta entonces en el árbol.

—¿Quién soy? Yo soy Andrés Frochot, natural de Corbeil, cerca de Paris, cazador del 34 de ligeros, á quien el emperador ha llamado el *Terrible*.

—¿Y qué vienes á hacer aquí? continuó Jacobo.

—Vengo de parte de mi coronel á traerlos, como dicen, su ultimatum.

—Bien está, dijo Jacobo.

—Pues si está bien, á ver si tenéis la bondad de darme alguna cosa para subir; es decir, una cuerda por ejemplo, y después tirais; ¿eh? Y en seguida hizo ademán de un hombre que saca agua de un pozo.

Jacobo dió algunos pasos y sacó de entre unas zarzas, donde estaba oculta, una cuerda, dió un cabo á Andrés, que se le sujetó fuertemente á la cintura, y después se agarró con las dos manos, y sintiéndose sólidamente sujeto por esta doble precaucion, dió la señal diciendo: ¡Vamos, houp! Jacobo probó que habia comprendido la exclamacion, trayendo la cuerda hácia sí, como quien devana un ovillo. Llegó á la cima, y entonces le dió Jacobo la mano, y apoyándose en ella consiguió hallarse en breve frente á frente al bandido.

—Gracias, camarada, dijo desatándose la cuerda que le servia de cinturón, y procurando borrar todas las señales del desorden que habia causado en su *toilette* militar la caída y ascension que acababa de hacer, con la misma minuciosidad y flemas que si hubiera de pasar al momento revista; gracias, y si os encontráis alguna vez en un lance igual y Andrés Frochot se halla á cien pasos á la redonda, podeis contar con él.

Andrés tomó el continente grave é importante de un embajador.

—¿Cuáles son tus instrucciones?

—Que todos los bandidos salvarán el pellejo menos el jefe.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Entonces las cosas pueden arreglarse. Sígueme.

—Buenas noticias, amigos míos, dijo Jacobo á su banda. Los franceses os ofrecen la vida.

Los bandidos dieron un salto de gozo; María alzó melancólicamente su cabeza.

—¿A todos? preguntó un bandido.

—A todos, respondió Jacobo.

—¿Sin escepcion? dijo dulcemente María.

—Poco importa á estos valientes, contestó con impaciencia Jacobo, que haya una escepcion, si esa escepcion no les alcanza.

—Está bien, respondió María bajando su cabeza.

—Es decir, añadió uno de los bandidos, que hay una escepcion, y que alcanza al jefe.

—Tal vez, respondió Jacobo.

—¿Y ese hombre es quién?...

El bandido miró á sus camaradas, y viendo en todas las figuras una expresion de armonia con la suya, apuntó con su carabina á Andrés.

—¡Sangre de Cristo! ¿Qué haces? gritó Jacobo, cubriendo á Andrés con su cuerpo.

—Enseñar á ese pagano á que no se encargue de semejantes embajadas.

—Está bien, está bien, Luidgi; baja tu carabina, porque si es tu parecer rechazar esta condicion, tal vez no es el de toda la banda.

—¡Es el parecer de toda! ¿no es verdad? exclamó Luidgi volviéndose hácia sus camaradas.

—Sí, sí, respondieron todos á una voz; vivir ó morir con el jefe. ¡Viva el capitán! ¡Viva el padre! ¡Viva Jacobo!

María permanecía silenciosa; pero dos lágrimas de gratitud corrían por sus mejillas.

—¿Lo entiendes? dijo Jacobo volviéndose hacia Andrés. Y ahora te doy el consejo de que te marches pronto, pues según la cara de esos hombres, no respondo de lo que te suceda.

Después de la marcha de Andrés, los bandidos permanecieron mudos é inmóviles, y Jacobo se alejó sin decir una sola palabra. Entonces cada cual buscó algún medio para combatir el hambre que los devoraba. María solo permaneció sentada sobre la roca; conocía que todavía tenía leche para su hijo. Al cabo de dos horas volvió Jacobo: llevaba en una de sus manos uno de esos largos bastones llenos de hierros, y en la otra la cuerda que tantas veces le había servido ya.

—Haced vuestros preparativos, porque partimos.
—¿Cuándo! exclamaron estos.
—Esta noche, respondió Jacobo.
—¿Habeis encontrado un paso?
—Sí.

La alegría reapareció en todos los semblantes, porque nadie dudaba de la palabra del capitán. María se levantó, y presentando su hijo á Jacobo, le dijo:

—Abrazalo.
Jacobo abrazó al niño con el aire de un hombre que teme dejar sorprender un sentimiento humano en el fondo de su alma: después estendió su mano hacia el Oriente.

—Dentro de media hora será de noche, dijo:
Cada uno revisó sus armas y renovó los cartuchos.
—¿Estais listos? preguntó Jacobo.
—Lo estamos.
—Partamos pues.

Siguieron entonces un estrecho sendero, en el cual un hombre bastaba para detener á diez. A su estremidad había un centinela, y el capitán, que marchaba el primero, recomendó á los bandidos el silencio, con ese acento breve é imperioso que anuncia que va la vida si no se obedece. Cada uno retuvo hasta su aliento. En aquel momento el niño lanzó un quejido. Jacobo se volvió, y sus ojos brillaban en la sombra como los del tigre. María arrojó su pecho seco al niño. Lo tomó ávidamente y calló. Continuaron marchando. Al cabo de diez minutos el niño, engañado en su esperanza, dejó escapar otro grito. Jacobo lanzó una especie de rugido, que no podía descubrir ni á él ni á su banda, porque quien lo hubiese oído lo habría tomado mas bien por el grito del lobo que por la voz del hombre. María, temblando, arrojó sus labios á los labios de su hijo; dieron algunos pasos mas; pero el niño, atormentado por el hambre, rompió en llanto. Entonces Jacobo dió un salto hasta él, y antes que María hubiese podido detenerlo ó defenderlo, lo cogió por una pierna, lo arrancó de brazos de su madre, y le rompió la cabeza contra un árbol.

María permaneció un instante pálida, fijos los ojos, y los cabellos erizados; después, bajándose maquinalmente, recogió el cadáver mutilado del niño, lo envolvió en su delantal, y continuó siguiendo á la banda, á cuyo frente estaba ya Jacobo. Bien pronto se perdieron de roca en roca por un camino que solo parecía hecho para serpientes. Al fin llegaron á una parte de la montaña cortada á pico. Frente á aquella roca, y á unos veinte pasos, se veía otra semejante; el precipicio que las separaba había sido producido sin duda por alguna convulsion volcánica. Llegados allí, los bandidos se miraban con espanto. Jacobo se detuvo, y los bandidos formaron enrededor suyo un círculo, como si solo de su genio esperasen la vida. Este estendió la cuerda en toda su longitud, llamó á uno de sus hombres, ató uno de sus extremos á la muñeca, y atando sólidamente el otro extremo á la mitad del palo erizado de hierro, lo lanzó sobre la otra roca. Los bandidos, habituados á distinguir á la sombra de la noche como á la luz del día, siguieron el vuelo de la lanza. Viéronla pasar por entre dos árboles, y temblorosa fijarse en la tierra. Entonces Jacobo estendió la cuerda, y vió que el palo resistía su empuje. Ató el otro extremo, hizo con la cuerda mil nudos, y cual si atravesase un puente, pasó por ella á fuerza de puños, y pendientes sus piernas ante el abismo. Al fin de increíbles esfuerzos llegó á la roca de enfrente, é hizo señas á su banda de que lo siguiese. Valientes y atrevidos montañeses, no vacilaron ni un momento; por donde uno había pasado podían pasar todos, y en efecto pasaron. María permaneció la última. Cuando llegó su turno cogió el pico de su delantal con sus dientes, y sin dar señal alguna de debilidad, pasó como los demás. El jefe respiró, porque acababa de salvar la vida á los que habían rehusado conservarla al precio de la suya; echando una mirada de increíble desprecio hacia los puestos militares, dijo á su banda:

—Marchemos.
Una hora después distinguían un pueblecillo. Jacobo entró en la casa de un campesino, dió su nombre, y dijo que él y sus compañeros tenían hambre. Apresuráronse á traerles cuanto les era necesario; cada cual hizo su provision de víveres. Al cabo de veinte minutos estaban otra vez en la montaña, fuera de todo peligro, y sin temor de ser perseguidos.

Jacobo se detuvo, y examinando el lugar en que se hallaban:

—Pasaremos aquí la noche, dijo: ahora comamos.
Esta orden fué ejecutada con afán. De repente Jacobo se levantó: María no estaba ya con la banda.

La buscó, distinguiéndola al fin al pié de un árbol; estaba de rodillas, y abrió con sus manos una huesa para su hijo. Jacobo dejó caer el pedazo de pan que tenía entre sus manos. La miró un instante sin atreverse á hablarla, y volvió triste y silencioso hacia la banda. La comida había terminado; Jacobo plantó un centinela, mas bien por costumbre que por temor, y después permitió á todos que descansasen. El mismo, retirándose á un lado, estendió su manta sobre la tierra, y dió á sus camaradas un ejemplo, que estos, fatigados, no tardaron en imitar. El bandido que estaba de centinela velaba hacia un cuarto de hora, y empezaba ya á sentir que el cansancio era mas fuerte que su consigna: sus ojos se cerraban á su pesar, y se veía obligado á marchar continuamente para no dormirse de pié, cuando una voz dulce y triste pronunció su nombre. Se volvió, y reconoció á María.

—Luidgi, soy yo; no temas nada.
Luidgi la saludó con respeto.
—¡Pobre muchacho! Te caes de fatiga y de sueño, y necesitas velar.

—Es la orden del jefe.

—Oye, respondió María; yo no puedo dormir, aun cuando quisiera. Y le mostró su delantal ensangrentado. La sangre de mi hijo me tiene despierta. Tú sabes qué buena vista tengo: dame tu carabina; haré centinela en tu lugar, y al apuntar el día te despertaré. Son dos horas de descanso las que te ofrezco.

—¡Pero si lo supiese el jefe!... dijo Luidgi, que deseaba aceptar la proposicion.

—No lo sabrá.
—¿Me lo prometéis, María?
—Te lo prometo.

El bandido le entregó su carabina, y diez minutos después dormía profundamente. En cuanto á María, permaneció un cuarto de hora casi inmóvil. Después se aseguró de que no dormía. Entonces dejó su sitio, pasó por en medio de los bandidos, tan ligera que parecía una silfide, y llegada cerca de Jacobo, bajó el cañon de su carabina, lo apoyó al pecho de Jacobo, y disparó.

—¡Qué es esto! gritaron los bandidos despertándose asustados.

—Nada, dijo María. Luidgi, cuyo lugar ocupó, se ha olvidado decirme que su carabina estaba amartillada, y como yo he apoyado la mano en el gatillo, ha partido el tiro.

Cada cual volvió á echar la frente sobre su brazo y á dormirse. En cuanto á Jacobo, no había proferido ni un suspiro: la bala le había atravesado el corazón. María colocó la carabina contra un árbol, cortó la cabeza de Jacobo, la puso en su delantal, manchado aun con la sangre de su hijo, y descendió la montaña.

Al día siguiente anunciaron al coronel que una jóven, que decía haber muerto á Jacobo, pedía hablarle. El coronel la hizo entrar en su tienda. María se detuvo delante de él, soltó el pico de su delantal, y la cabeza de Jacobo rodó por el suelo. El coronel, hombre de guerra, se estremeció sin embargo; después, alzando los ojos hacia aquella jóven, grave y pálida como la estatua de la desesperacion:

—Pero, ¿quién sois? le dijo.

—¡Ayer era su muger, hoy soy su viuda!

—Entregarle tres mil ducados, dijo el coronel.

Cuatro años después una religiosa del convento de la Santa Cruz en Roma murió en gran olor de santidad, porque además de la vida ejemplar que había observado desde el día que pronunció sus votos, había traído por dote una suma de tres mil ducados, que á su muerte heredaba el monasterio. En cuanto á su vida anterior, se ignoraba completamente: sabíase tan solo que sor María había nacido en Calabria.

ALEJANDRO DUMAS.

NUEVO ESTAMPADO SOBRE LOZA.

En la primera plana de este número ofrecemos á nuestros lectores una muestra del nuevo procedimiento empleado por los señores Collvden hermanos, para pintar sobre loza. Nadie ignora los adelantos hechos por los ingleses en este ramo tan productivo de su industria: las grandes fábricas de Bristol no han hallado hasta ahora rivales.

Si á la finura y duracion de la loza inglesa se añade el estampado de nueva invencion espuesto por los mencionados fabricantes, la superioridad de dicho artefacto quedará para siempre asegurada. La pintura de que hablamos es lustrosa y nunca desmerece, con la particularidad de que evita en la loza las rajaduras que en ella suelen ocasionar los líquidos demasiado calientes. Una taza ó una cafetera, pintada por el método Collvden, puede resistir la accion del fuego sin romperse, hasta que yerba el líquido que contenga.

CUESTION HISTÓRICA (1).

¿Quién fué la madre de D. Juan de Austria?

En LA ILUSTRACION del 4 de setiembre se ha publicado una *Noticia de algunos hijos ilegítimos de la casa real de Austria en España*, la cual ha reproducido la mayor parte de los periódicos. En esa noticia se leen las palabras siguientes:

«D. Juan de Austria I fué hijo del emperador Carlos V y de Bárbara Blomberg; nació en Ratisbona, día de S. Matías del año de 1545. Algunos han dicho que era hijo del emperador y de su hermana la reina viuda de Hungría, y que por este atrozísimo pecado se retiró el emperador á San Yuste y abdicó sus estados, cosa increíble. Bárbara, su legítima madre, vino á España y vivió en Arroyo Molinos, en donde murió año de 1562.»

Hasta aquí lo que dice LA ILUSTRACION sobre el asunto. Aunque calla este periódico de dónde ha sacado la noticia, bueno es que se sepa su origen para darle la fé crítica que merezca. En la Biblioteca Nacional y en la de la Academia de la Historia se hallan copias manuscritas de un comentario á las famosas *Coplas del provincial*. Estas, como saben los eruditos, fueron escritas segun la comun opinion y fama por Fernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, con objeto de burlarse de la nobleza de su siglo. En tiempos de Carlos V se escribieron otras con el nombre de *Coplas del provincial segundo* por D. Diego de Acuña, caballero muy galán y de agudo ingenio, el cual en sus mocedades, distraído de otros estudios, dedicó algunas horas á motejar festivamente la vanidad de muchas personas de la flor de la nobleza española. Unas y otras coplas corrian de mano en mano con gran crédito, pues la malicia humana acoge fácilmente todo lo que puede servir de mengua á los que representan papeles notables en el teatro del mundo. La inquisicion, atenta á las quejas de las familias ofendidas en ambos papeles, prohibió con graves penas, así la publicidad de ellos como el retenerlos y aun hablar de sus satíricas agudezas.

Un curioso de principios del siglo XVII, deseando desvanecer las dudas que pudieran mancillar la fama de algunas de las familias, castigadas con los motes de las coplas del pro-

(1) El Clamor ha publicado el siguiente artículo, esplanando uno de los puntos de la *Noticia de algunos hijos ilegítimos de la casa real de Austria en España*, inserta en nuestro periódico.

vincial, compuso un comentario para reducir las cosas á la verdad; y en él habló de las voces que habían corrido por Europa, declarando que D. Juan de Austria había nacido en el abominable incesto de Carlos V y su hermana la reina de Hungría.

Habiendo otros periódicos publicado la noticia, creemos oportuno agregar algunos documentos para dar mayor luz al asunto, si es que puede haberla en un arcano histórico tan grande.

El marqués de Pidal posee un manuscrito que tiene este epígrafe: *Vida secreta de Felipe II, con notas del tiempo de Felipe IV*. En esta obra se lee lo siguiente acerca de la madre de D. Juan de Austria:

«No ha muchos días que se me refirió por cierto cortesano, bien adornado de noticias, que el haber tenido el César, como hombre, cierto desliz, le hizo apeteer la soledad desde que le cometió, para poder llorarle y hacer penitencia de él. *Espre-sárale aquí, si no me lo embarazaran ciertas razones, así de honnestidad como de respeto y vasallaje*. El que tuviere curiosidad de saberlo, averigüe quién fué la madre verdadera del señor D. Juan de Austria, y comprenderá toda el alma de este gran negociado; y para entrar en él con alguna inteligencia, deberá terminar con la noticia, de que siendo este príncipe uno de los mas perspicaces de su tiempo, se fué á la otra vida con el engaño de venerar siempre y tener por madres á las que no le parieron; porque desde que tuvo uso de razon, creyó era su madre Doña Magdalena de Ulloa, que le crió desde muy tierno ó recién nacido, en Villagarcía, lugar propio de esta señora y de su marido Luis Quijada. En esta errada inteligencia persistió hasta la edad de catorce años, que queriendo ya declararle Felipe II, fingió aquella caza, á que salió de Valladolid; y en el monte de Torozos se celebró aquel raro metamórfoseo, de que el que hasta allí había tenido por padre á Luis Quijada, viese de repente al mismo Luis Quijada hincado de rodillas á sus piés, pidiéndole la mano. Y aunque al jóven le turbó algo aquella novedad, no fué tanto que no se la alargase. Y á breve rato apareció el Rey y le dijo: *Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varon: el emperador Carlos V, que en el cielo vive, es padre mio y vuestro*.

Desde entonces le hicieron creer haber nacido en Ratisbona, ciudad de Alemania, y que su madre era Bárbara Blomberg, señora de gran linaje y no menos hermosura. Y no solo á este real jóven se lo persuadieron, sino que del mismo modo se publicó y persuadió por el mundo, y así se estampó en las historias de España, Italia, Flandes, Francia y Alemania, y así se entiende hoy generalmente. Concurrió gustosa á la adopcion (sin escrupulo del desliz) la señora Bárbara Blomberg, quien en Ratisbona recibió públicamente enhorabuena de que hubiese llegado el tiempo de correrse la cortina á este secreto. Entablase desde luego la correspondencia por cartas entre la madre y el hijo, que la amó y veneró por tal hasta la hora en que murió, siendo de edad de treinta y tres años, y en su testamento se la dejó encomendada á Felipe II, y tambien á un hijo de esta señora, que trató en vida como á su hermano de vientre, llamado Piramo Conrado. Y Felipe cumplió con uno y otro encargo, para dar mas fuerza á la ficcion: con que hasta los catorce años respetó por madre á una, y desde esa edad hasta la de treinta y tres en que murió, veneró por madre á otra, sin que ninguna le hubiese parido!

»De este secreto fueron dueños únicamente la que le parió y Luis Quijada, que se lo llevaron al otro mundo, y el César, que dos años antes de morir se lo reveló á su hijo Felipe II, y habiendo este declarado ya á D. Juan, le preguntó á Luis Quijada: *¿Sabeis quien fué la madre de este niño?*—No señor, respondió Quijada. Y el Rey le replicó:—*Mirad que mi padre me confió el secreto; bien lo podeis decir*. Y Quijada respondió:—*Señor, como yo era su vasallo y criado, y no su hijo, no me hizo á mi la honra de confiármelo*. Y el rey, sin quererle apretar, pues solo parece iba á tentarle, le dijo:—*Discreto y honrado sois: bien cumplís con el homenaje que á mi hicisteis*.

»Después de algunos años confió el rey este secreto á su querida hija la señora infanta Isabel Clara Eugenia. Esta señora se lo confió á su marido el archiduque Alberto, estando ya en Flandes, y este señor lo reveló á cierto confidente suyo, y por estos conductos se ha ido denunciando y conservando la tradicion en muy pocos.

»Hasta ahora nadie le ha impreso, ni aun entre los estranjeros, señal evidente de haberseles escapado. Solo el célebre padre Famiano Estrada, jesuita, escudriñador diligente de los mayores arcanos, parece fué dueño de este secreto, pues llegó á apuntarle con la mas diestra habilidad; pero dejándole dentro de los cancelos de la oscuridad.»

Todo esto se lee en el citado manuscrito, que guarda en su biblioteca el señor marqués de Pidal. El testimonio que cita este autor anónimo, refiriéndose al famoso padre Estrada de la Compañía de Jesus, autor de una obra sobre las guerras de Flandes, es como sigue:

«No dejaré de referir á mi lector lo que acerca de la madre de D. Juan me descubrió cierto caballero muy principal: que el austriaco no había nacido de Bárbara Blomberg, como hasta entonces se pensó, sino de otra mas ilustre, y verdaderamente de esfera principal, y que mirando por el crédito de esta, el César Carlos había supuesto otra, y hecho que la Bárbara representase el papel de madre, y tratádola como tal el rey Felipe, que tambien concurrió á esta farsa: que el mismo Felipe lo había declarado así á su hija Isabela, á quien franqueaba todos sus secretos, y esta lo había contado en familiar conversacion al personaje que dije.»

Dificultísimo es de un modo concluyente adivinar arcanos históricos, semejantes al de la madre verdadera del príncipe D. Juan de Austria. La reina de Hungría, María de Austria, á quien se atribuye la maternidad de este famoso capitán, fué muy amada de Carlos V, segun cuentan todas las historias que tratan de su vida. En cartas á su hermano, siempre solia firmarse: *vuestra hermana la infelicísima reina de Hungría*.

Quando Carlos V abandonó el poder en manos de su hijo Felipe II, y se retiró á Yuste para acabar sus días en la soledad del claustro, la reina de Hungría lo acompañó en el viaje. Pocos días después de la muerte de Carlos feneció su hermana (1558).

Pedro Bourdeille, mas conocido con el nombre de Val-tome, difundió en Europa las sospechas de las incestuosas relaciones de Carlos y María, en las memorias que dejó manus-

ritas, y que mas tarde se imprimieron. La prueba de lo común que ha sido entre los hombres doctos la noticia, se halla en que Moreri, el autor del gran *Diccionario histórico*, la presenta como cosa digna de crédito.

Felizmente, para el descubrimiento de esta verdad, ahora se ocupa Mr. Stirling, autor de la *Historia de la pintura en España*, que tan alta reputación le ha dado, en escribir un trabajo acerca de las causas de la retirada de Carlos V al monasterio de Yuste. Deseamos ver la obra de aquel caballero inglés, tan docto en las cosas de nuestra patria, para formar un juicio exacto de quién fué la madre del vencedor de los turcos en Lepanto.

LOS TRIOS DE CHENIZELLES,

POR A. DE MUSSET.

(Continuación.)

Felizmente la parte de violoncelo era poco complicada; Mr. Trude había escogido para mi estreno conciertos de Haydn, en que el violoncelo no está obligado, y solamente sirve para doblar los bajos del piano. Luego que concluyó el adagio me dijo Mr. Trude:

—Vamos, Carlos, no ha salido muy mal.

Sentí que se me ponía encendido el rostro, y sin mirar á Mad. Loncle comprendí que se volvía hacia mi lado sonriéndose.

—¿Queréis que toquemos otra vez el adagio? dijo Mr. Trude.

—¿Cómo! ¿vais á empezar otra vez ese responso? preguntó Mr. Loncle; pues eso no parece mas que música de entierro.

Mad. Loncle se había inclinado para contestar afirmativamente; pero al oír las palabras del marido, Mr. Trude quedó como cortado, y se apresuró á contestar:

—Ahora mismo vais á oír motivos mas alegres: aquí hay un minué...

—El minué pase, repuso Mr. Loncle; pero lo que habeis tocado es enteramente un responso.

—Pues bien, caballero, dijo Mad. Loncle á su marido, vamos á continuar.

Jamás he oído voz tan dulce ni tan sonora como la de aquella pobre muger, cuya triste resignación se descubría en cada palabra que pronunciaba.

—Hacer lo que gustéis, replicó Mr. Loncle; ¿os gusta esa música? bien; pero como yo no lo entiendo, digo que es un responso; porque los cantores que van al cementerio no cantan otra cosa.

Cuando, después de haber tocado algunas noches, me hallaba menos embarazado con mi papel de mal instrumentista, pude examinar la fisonomía singular de Mr. Trude cuando tocaba. No era hermoso; su semblante carecía de expresión. Mientras que me daba lección, Mr. Trude, mas bien fastidiado que seducido por sus demostraciones de inteligencia, me parecía feo; pero tocando trios en la casa de Chenizelles, la fisonomía del maestro de música cambiaba de repente. Se iluminaba, tomaba expresiones desconocidas, y hasta me parecía que sus ojos azules se llenaban de lágrimas interiores; en fin, era otro hombre.

Aspiraba la música con las delicias de un hombre que vuelve á la vida respirando el éter: su carácter se transformaba completamente. Se volvía un hombre dulce y complaciente, pues sabía hacerse humilde ante un canto de piano; suavizaba los ángulos de su carácter, y revestía, por decirlo así, de terciopelo las asperezas de su espíritu. Con un músico tal, tocaba yo mucho mejor, pues la atención que él ponía me hacía á mí menos atolondrado. Nunca oí tocar á Mad. Loncle sola; pero desempeñaba su parte con tanto entusiasmo, que se hacía sentir hasta en el movimiento de las espaldas. Eran movimientos imperceptibles al vulgo, que pasaban del piano á los dedos y á todo el cuerpo. Alguna vez, contando compases de silencio, echaba yo una mirada á Mad. Loncle; y la manera con que sus manos recorrían el piano, era muy diferente de la que había visto en otras grandes pianistas. Sus manos no hacían gran ruido ni pisaban con furor las teclas; al contrario, sus dedos estaban llenos de coqueterías infinitas y suaves delicadezas al ejecutar los pasos mas complicados.

El trio es la música íntima por excelencia. Cada nota es

una confidencia, y el que después de algunas sesiones de música pueda ocultar su carácter á sus compañeros, será un ser bien envuelto en el misterio. A los diez y siete años no comprendía yo todavía las confesiones que salen del vientre de un violoncelo, del pecho de un violin y de la caja de un piano; no hacía mas que adivinar, sin cuidarme de nada; eran menester pruebas muy claras para demostrarme que los hechos pueden ser conocidos, explicados mucho tiempo antes para los espíritus observadores.

Es cierto que Mad. Loncle sufría, y que la música sola daba alguna tregua á sus pesares. Hubiera tocado toda la noche sin apercibirse de ello; pero á las diez Mr. Loncle se levantaba de su sillón, y esto era una orden inflexible. El ruido que hacía moviendo solo un poco los piés de su silla, volvía á su muger á la realidad. Se cambiaba su fisonomía, y se interrumpía el encanto; nos dirigía una triste sonrisa, que estaba llena de peticiones de perdón para su marido. Y nosotros, Mr. Trude y yo, nos volvíamos silenciosamente por Chenizelles, sin hablar mas que para hacer que el conserje de la ciudad nos abriese la pesada puerta que en invierno se cierra á las nueve.

Un día nos anunció Mr. Loncle que Mr. Montbazen iría á oír nuestra música. Fué un acontecimiento en la casa de Chenizelles la llegada de un nuevo personaje. Mr. Montbazen era un rico propietario de las cercanías de L... y en la ciudad pasaba por uno de los grandes conocedores de música de la tierra. Las señoras de edad se acordaban de haberlo oído cantar en un concierto dado por Mr. Romagnesi; según las mismas, el brillante Romagnesi, muy célebre enton-

momento que le fué permitido retirarse, sin que pareciese que lo ahuyentaba el recién venido. El pobre maestro de música parecía muy disgustado con esta visita; dió las buenas noches con una voz mas melancólica que de costumbre, y creí apercibir que se estremecía cuando Mr. Montbazen anunció que dentro de quince días volvería á la ciudad y que tenía sed de oír nuestros trios.

Un día Mr. Loncle dijo á su muger que no había dormido aquella noche, y que había estado pensando en un agradable proyecto. Este era que los dos esposos debían, cada uno por su parte, redactar un diario de sus impresiones y de sus ideas. Mad. Loncle se opuso, manifestando que era inútil semejante tarea; ella no se separaba un minuto de su marido en todo el día; así no tenía aventuras muy interesantes que contarle. El marido contestó que no eran impresiones de viaje las que quería; amaba á su muger hasta el imposible, y quería gozar de sus pensamientos. Cuando no hablaba pensaba en alguna cosa; esos pensamientos eran los que debían ser vertidos al papel, en forma de diario.

—Pero me acontece, repuso su muger, con frecuencia, no pensar ni meditar en nada fijo; á veces me rodea una cosa confusa y misteriosa que no tiene cuerpo ni color.

—Entonces escribirás eso, dijo Mr. Loncle. Por lo demás yo he empezado ya una especie de diario modelo, para que puedas guiarte por él al principio. ¿Quiéres que te lo lea?

—Como queráis, contestó la jóven con resignación.

—Mr. Loncle sacó un cuaderno de su bolsillo, y leyó: «Martes 8 de enero. El profesor de música vino cinco minutos antes de la hora, y se marchó cinco minutos después

de la hora. Creo que este hombre es pródigo; ha malgastado diez minutos de su tiempo. El mismo día á las cuatro de la tarde. Mi muger está triste, toca demasiado. Preguntar al médico si la música predispone á la melancolía.»

—Pero si siempre he estado lo mismo, dijo Mad. Loncle; hacéis mal de inquietaros y de creer que la música influye algo en mi carácter.

—Amiga mía, contestó Mr. Loncle, yo no pretendo tener razón; escribo todo lo que me pasa por la cabeza, y precisamente por eso es por lo que se hace indispensable la formación de tu diario: contestarás á mis ideas, y las rectificarás cuando te parezcan falsas. Continuó: «Miércoles 9 de enero. En la noche del martes mi muger me creía dormido, y vi que lloraba. ¿Por qué llora? Investigar los motivos de estos llantos.»

—Os habeis engañado, señor... dijo Mad. Loncle.

—Bien, no hablemos mas de ello, interrumpió el marido; no quiero saberlo hoy: mira una buena página del diario, la explicación de tus lágrimas.

—Pero, señor... dijo Mad. Loncle.

—Por favor, se apresuró á replicar Mr. Loncle, no me lo digas, escribemelo. Si lo gastas todo en confidencias, me dirás luego que no tienes que escribir nada en tu diario. Y yo deseo que haya algo interesante todos los días. «Idem miércoles. He recibido una carta que me llama á los Pirineos para arreglar asuntos de importancia. Reflexionar detenidamente si debo llevar conmigo á mi muger, ó dejarla en casa.» Aquí tienes otra contestación, amiga mía, pues todo depende de tí.

—Os seguiré á todas partes, si queréis, contestó Madama Loncle.

—Lo sé muy bien, repuso el marido; pero yo había pensado que esta era la mejor ocasión para poner en planta tu periódico. Naturalmente tendrás muchas cosas que decirme apartada de mí: ¡oh! ¡eso sería encantador!

—Y qué, ¿me dejarías sola únicamente por el placer de recibir mis cartas?

—No me comprendes, repuso Mr. Loncle; nada hay mas pesado para establecer que los hábitos; pero una vez que se adquieren, duran toda la vida. Si permanezco ausente de tí dos meses, tú me escribes todos los días los sucesos mas insignificantes de tu vida, concluyes por tomarle gusto á esta tarea, y toda tu vida escribirás tu diario con placer.

—¡Oh! no lo creo, exclamó Mad. Loncle.

—Tanto mejor, mas me lo agradecerás cuando conozcas la fuente de goces que te procuro. Tú escribirás muchas cosas que no dirías, aun en la conversación mas íntima... ¿Con qué será necesario que parta?

—No, quedaos, dijo Mad. Loncle.

(Continuará.)



Vista interior de las galerías de San Huberto en Bruselas.

ces, había sido eclipsado completamente por Mr. Montbazen.

Apenas habíamos empezado el trio de Haydn, cuando llamaron á la puerta; el perro contestó desde adentro con su terrible voz.

—Ya está ahí Mr. Montbazen, exclamó con aire lleno de gozo Mr. Loncle. ¡Y esa Mariana que no va á abrir! ¡Irá á dejar que se hiele Mr. Montbazen á la puerta!

Había en el fondo de estas palabras una gran ternura, pues Mr. Loncle de seguro no se hubiera incomodado si hubiéramos sido nosotros los que hubiésemos estado á la puerta, y nunca manifestó la mas ligera inquietud cuando yo entraba con mi violoncelo cubierto de nieve. Fué introducido Mr. Montbazen, y no olvidaré en mi vida la mala impresión que me causó. Saludó á Mr. y Mad. Loncle, me miró ligeramente, y examinó de arriba á bajo á Mr. Trude.

Mr. Montbazen era un viejo cruel, de esos de quienes se dice que tienen el perfil de hoja de cuchillo. Había en efecto algo de cortante en la manera con que Mr. Montbazen miraba á las gentes; su boca no era mas que desden, sus ojos no eran mas que desprecio. La parte notable de la fisonomía de Mr. Montbazen eran los cabellos rojos, que parecía llevar con ostentación. A cada instante los acariciaba con su mano, los bajaba hacia los ojos y los volvía á levantar con audacia; en fin, tenía mil fruiciones con aquel bosque de pelos rojos, de formas singulares.

La llegada de Mr. Montbazen pareció disgustar á Mad. Loncle, que con pretexto de atender á su huésped, se levantó del piano, á pesar de las súplicas de este para que continuase el trio comenzado. Se entabló la conversación sobre materias mezquinas y provinciales; así Mr. Trude se despidió en el